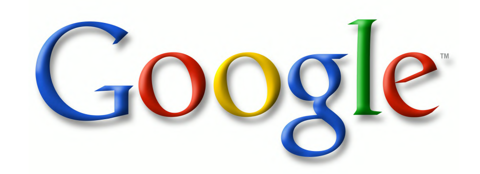



Digitized by Google

HISTORIA

DE LA

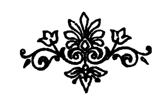
CAMPAÑA DE 1647

EN FLANDES

SIENDO GOBERNADOR GENERAL DE AQUELLOS PAÍSES POR ESPAÑA
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO

POR

ANTONIO RODRIGUEZ VILLA



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1884

HISTORIA

DE LA

CAMPAÑA DE 1647 EN FLANDES

HISTORIA

DE LA

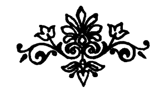
CAMPAÑA DE 1647

EN FLANDES

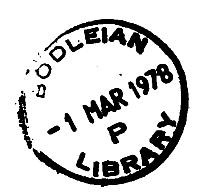
SIENDO GOBERNADOR GENERAL DE AQUELLOS PAÍSES POR ESPAÑA
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO

POR

ANTONIO RODRIGUEZ VILLA



MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1884



AL EXCMO. SEÑOR

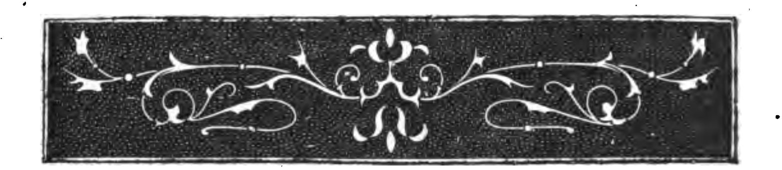
DON JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE,

MARISCAL DE CAMPO DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, ETC., ETC.

Mi querido General: A la vez que la sincera amistad que le profeso, contribuye no menos á dedicarle este pequeño trabajo su reconocida competencia en materia de historia militar. Acéptele, pues, V., no por el interés que pueda tener, sino como testimonio del afecto de

su apasionado amigo

A. RODRÍGUEZ VILLA.



HISTORIA

DE LA

CAMPAÑA DE 1647 EN FLANDES,

SIENDO GOBERNADOR GENERAL DE AQUELLOS PAÍSES POR ESPAÑA EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO.



A historia de la dominación española en los Países Bajos está todavía por escribir. Esta secular lucha en la que España ostentó, como en la gloriosa epopeya de la reconquista, sus más relevantes cualidades, su inquebrantable fe católica, su tenacidad en la defensa de sus derechos, su espíritu caballeresco y aventurero y sus altas dotes militares, fué una de las causas que más poderosamente contribuyeron á debilitarla y abatirla. Soldados, tesoros, actos increíbles de heroísmo, los más célebres capitanes, los políticos más eminentes, los adelantos de las ciencias y de las artes, todo se puso con asombrosa prodigalidad al servicio de tan descomunal contienda. No parece sino que la felicidad y el poderío de España estaban cifrados en la posesión de aquellos países. A ellos, como antes á Italia, acudieron, á modo de cruzada, casi todos los pueblos de Europa, ya

á nuestro favor, ya en contra, á medir sus armas y conquistar laureles. Diríase que allí iba á resolverse la suerte del mundo.

Reputados historiadores, así españoles como extranjeros, han referido períodos más ó menos largos de estas guerras, principalmente en su origen y primeros tiempos y aun durante el primer tercio del siglo XVII; pero posteriormente, á medida que la decadencia del poder español se va haciendo más sensible, se va apagando también la voz de nuestra historia en aquella región, al paso que la de nuestros enemigos pregona nuestros desaciertos y derrotas, con apasionamiento unas veces y las más disimulando ú omitiendo los valerosos hechos y laudables esfuerzos de nuestros capitanes y soldados, que hasta el último momento sostuvieron con ardor y denuedo el pabellón español. No fueron, no, faltas ni descalabros militares, por más que algunos hubo, los que principalmente produjeron la decadencia y pérdida de nuestro dominio en los Países Bajos. Fueron antes que todo causa de tanto infortunio la política de la casa de Austria, y nuestra eternamente desconcertada administración.

Todavía, á fines del siglo XVII, cuando apenas había ya esperanza de poder conservar aquellas provincias, realizan nuestros soldados en ellas hechos dignos de loa y de conservarse en las páginas de la historia, y que á haber sido coronados con éxito político halagüeño, hubiesen sido objeto más tarde de la elegante pluma de algún cortesano historiador. Es lo cierto que nuestro interés histórico por Flandes vá insensiblemente decayendo con el siglo XVII hasta llegar casi á perderse en los últimos años del mismo.

Apenas si desde el principio del segundo tercio de aquella centuria alguna relación más ó menos oficiosa, alguna tímida y lacónica correspondencia, ó bien un relato de noticias ó papel de novedades se ocupan muy de paso del estado de nuestra dominación en Flandes. ¿Es justo este desdén, esta apatía, tratándose de intereses nacionales de tanta importancia? No por cierto. Hácese, por lo tanto, necesario recoger y publicar cuidadosamente cuantos documentos y noticias se refieren á este último período de nuestras guerras en Flandes, por desventurado y aflictivo que sea; no sólo porque para la

historia general todos son igualmente necesarios y útiles, como porque argüiría de nuestra parte manifiesta ingratitud y censurable desvío hacia aquellos esforzados y magnánimos guerreros, tanto españoles como de otras naciones, que sin otra gloria ni recompensa que la del cumplimiento de su deber y aun perdida toda esperanza de buen éxito final, combatieron bizarramente por defender los últimos girones de aquellas desgarradas banderas españolas.

No otro es mi propósito al referir la historia de la campaña de 1647, dirigida por el Archiduque Leopoldo, tan interesante como poco conocida, y tan gloriosa como desgraciadas las anteriores.

Ha servido de fundamento á mi trabajo en primer término una extensa relación manuscrita y anónima, adquirida por mí hace algún tiempo, redactada sin duda alguna por persona autorizada y competente, testigo de vista de muchos de los sucesos que refiere, y que á juzgar por su lenguaje, giros y ortografía debió ser natural de Flandes. Es probable que sea de Juan Antonio Vincart, secretario de los avisos secretos de guerra, de quien se conocen otras relativas á varios años desde 1633 á 1650; pero no hay indicio alguno en que fundar este aserto con plena certeza.

Realza el interés histórico de esta relación la extraordinaria escasez de noticias que hay acerca de esta campaña. Contadas son, en efecto, las que nos da el *Memorial histórico español;* ninguna nos suministra la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (1); no la menciona siquiera el tomo XIV de la *Colección de libros raros ó curiosos,* titulado *Varias relaciones de los Estados de Flandes, 1631 á 1656;* nuestros historiadores apenas la consagran algunas líneas; los franceses, para quienes fué desgraciada, pasan de largo sobre ella; no se conserva en el Archivo de Simancas la correspon-

(1) En esta *Colección* se han publicado varias relaciones de las campañas de Flandes, escritas por Vincart, pero ninguna del año 1647. Otras dos del mismo Secretario referentes á los años 1644 y 46 se han publicado en la *Collection de Memoires relatifs á l'histoire de Belgique.* Créese que Vincart compuso diez y ocho relaciones correspondientes á los años 1633 al 50.



dencia de Flandes de este año; y muy pocos datos, en fin, apesar de mis activas investigaciones, son los que he encontrado sobre ella en otras partes.

Está escrita esta relación en castellano, pero con lenguaje tan incorrecto y con tan difuso y pesado estilo, que estas circunstancias y la de hallarse un tanto incompleta me han inducido á no publicarla tal como se halla. El carácter de su letra es el empleado por aquel tiempo en Flandes y en Francia en los documentos cancillerescos, grande, ancho y espacioso. Forma un volumen en 4.º, de papel tan fuerte y grueso que parece cartulina. Las márgenes é interlíneas son sumamente espaciosas, y su encuadernación debió ser lujosa y arrancada modernamente por algún profano. Todo lo cual hace presumir que es una copia esmerada y coetánea dedicada á algún elevado personaje.

Así para suplir algunas faltas que en ella se advierten, como para ampliarla en otros pasajes, me he servido en segundo término de otros documentos y noticias, inéditos los más, que en el Archivo general de Simancas, en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, y en otras de particulares he logrado reunir.

CAPÍTULO PRIMERO

Lamentable estado de los Países Bajos españoles al encargarse de su gobierno el Archiduque Leopoldo.—Treguas con Holanda.—Negociaciones para la venida de S. A.—Es nombrado Gobernador general de los Estados de Flandes.—Prevenciones para la campaña.—Obstáculos que se ofrecen por la extrema penuria de dinero.—Consultas del Marqués de Castel-Rodrigo á S. M.—Opiniones del Conde de Chinchón y de D. Francisco de Melo en el Consejo de Estado, sobre esta campaña.—Pide S. A. al Emperador, su hermano, y al Rey de España plena facultad para dirigir las negociaciones de Alemania.—Apurada situación de la Monarquía española.—Retárdase la salida á campaña por la falta de dinero.—Apremia la corte de España para emprenderla.—Razón de ser la primera empresa de importancia la de Armentieres.—Fuerzas de que disponían los ejércitos español y francés.—Toma el español la iniciativa.—Primeras operaciones.—Sitio y toma de Comines por el General D. Esteban de Gamarra.

Antes de entrar en la materia propia de este trabajo, conviene exponer, siquiera sea sumariamente, el estado de los negocios públicos, bajo cuya influencia se abrió esta campaña.

Al terminar la de 1646 estaba á punto de desaparecer nuestro dominio en Flandes, tenazmente combatido por franceses y holandeses. Para salvar en aquellos países nuestra decadente dominación, era preciso adoptar prontas y eficaces medidas, y entre las varias que tomó la corte de España para salir de tan angustiosa situación, merecen citarse dos, de alta y trascendental importancia. Fué una de ellas ajustar tregua con holandeses antes de comenzar á ejercer su mando el Archiduque, con lo cual quedaba nuestro ejército desembarazado de

un enemigo astuto é infatigable y podía dirigir contra Francia todas sus fuerzas.

Consistió la otra en concentrar el mando supremo político y militar de aquel Estado en unas solas manos, tan augustas como hábiles.

Muchos años hacía que se venía trabajando por la vía diplomática en acordar una paz general; pero dificultades insuperables y nuevas complicaciones la iban sin cesar dilatando. A principio de 1647 seguían estas negociaciones más activas que nunca, sin que por eso dejase de continuar la guerra; pero habiendo el Cardenal Mazarino propuesto en el Congreso de Munster el cambio de Cataluña y Rosellón, que á la sazón dominaban los franceses, por los Países Bajos católicos y el Franco Condado, este proyecto inquietó vivamente á los holandeses, que no deseaban tener por vecina una nación como Francia, cuya naciente preponderancia temían más que el desfallecido y casi nominal poderío de España. Atizaron y fomentaron nuestros representantes en aquel Congreso estos temores y desconfianzas y pudieron concluir una paz particular entre España y los Estados generales de las provincias unidas de los Países Bajos; paz que si bien ponía más y más de relieve la impotencia de España, al menos la proporcionaba algún respiro y facilidad para defender más vigorosamente lo que en aquellos países aún la quedaba.

El 3 de febrero de 1647 llegaba á la corte de Madrid un correo de Flandes, despachado de Munster, mediante el cual el Marqués de Castel-Rodrigo, Gobernador de Flandes, participaba á S. M. que el Conde de Peñaranda, nuestro plenipotenciario, había acabado de ajustar treguas con Holanda en nombre del Rey de España (1).

En punto á la paz general, poco ó nada era lo que á principios de este año se adelantaba en el Congreso. El Conde de Peñaranda escribía por este mismo tiempo que la tenía por «desahuciada,» mucho más con los triunfos obtenidos por los suecos en el lago de Constanza.

(1) *Quaderno de los subcesos de la monarquía de España.*—Biblioteca Nacional, Ms. T-192.



Las prevenciones para la campaña de 1647 en Flandes estaban en enero del mismo año tan atrasadas que aún no se habían nombrado la persona ó personas encargadas de dirigirla. Negociábase con el Emperador la venida del Archiduque Leopoldo; pero tanto D. Miguel de Salamanca, nombrado para esta negociación, como el Duque de Terranova y el Marqués de Castel-Rodrigo, creían que no vendría á encargarse del mando de aquellos Países. El Duque de Amalfi, antiguo compañero de armas y amigo del Archiduque, se excusaba de tomar parte en la campaña si éste no aceptaba, pretextando la falta de medios y pidiendo licencia para ausentarse de Flandes. Sobre estas cuestiones de alto personal y de preparativos de guerra, escribía el de Castel-Rodrigo á S. M. en carta fechada en Bruselas á 26 de enero de este año (1): «Amalfi y Caracena nunca harán buena harina. Beck está pesado y es tardo como alemán; mas los pueblos creen en él; el otro (2) es más resuelto. El General de la caballería (3) que éste tiene, no vale un higo. Si holandeses nos dejan, se podrán dividir en dos cuerpos los dos exércitos, y en este caso y de no haber Gobernador de las armas, será menester que quien governare, ande en... (4) porque la desunión no haga el oficio del año pasado.»

Refiriéndose el Marqués de Castel-Rodrigo á cartas que de Felipe Le Roy (5), fechadas en la Haya, había recibido, expo·

(1) Archivo general de Simancas.—Estado.—Leg. 2067.

(2) El Marqués de Caracena.

(3) Los dos Generales de caballería que por este tiempo había en Flandes y figuran en esta campaña son el Conde de Bucqnoy en el cuerpo de ejército mandado por Caracena, y en el mandado por Beck el Príncipe de Ligne. Parece aludir á éste último.

(4) Está en claro.

(5) En un precioso retrato grabado en cobre, de tamaño de folio, que poseo de este personaje se lee al pie: «Philippus Le Roy, eques auratus, dominus de Ravelsr Broechem et Oelegem, Philippo IV Hispaniarum et Indiarum Regi á consiliis, supremique per Belgium aerarii Assessor necnon penes Unitarum inferioris Germaniæ Provinciarum ordines ad pacis negotium promovendum deputatus.—Anselmus van Hulle pinxit Hagae Comitis. Paulus Pontius sculpsit.. . 1648.»—Lleva al rededor de la figura el lema *Servire Deo regnare est.*

nía á Felipe IV que así para defender aquellos países como para obtener buenas condiciones en la paz general que en el Congreso se trataba y aun para la particular con holandeses, era de todo punto necesario hacer aquel año extraordinarios esfuerzos, á fin de que «más que nunca vean á V. M. muy fuerte en estas provincias, y con los medios que hasta ahora ha habido es imposible *ni aun salir en campaña*, ni mantener lo que ha quedado del exército el tiempo que resta del invierno» (1).

---

(1) No podía ser, en efecto, más lamentable el estado de abandono en que se hallaba aquel ejército, en los momentos más críticos de disponer la campaña. Sobre este particular escribía el citado Marqués á S. M.: «Lo en que se gastan los 200.000 escudos se verá en la Memoria inclusa. Los de la Cruzada, demás de no hallarse quien los anticipe, se vendrían á reducir á 20.000, por los 90.000 que he dicho á V. M. que había anticipado Malo; los 30.000 que lleva D. Miguel (de Salamanca); los 40.000 que costaría la anticipación, y los 20.000 que V. M. manda aplicar á las levas de España; con que este efecto ha quedado en el aire. Las mesadas de agosto, octubre, noviembre y diciembre no han venido y estamos á último de enero, con que cuando lleguen los nuevos asientos se quedarán así en la misma necesidad, porque los hombres de negocios han anticipado para la comida y cosas inexcusables destos meses. Los cabos juzgan que si la gente tuviese que comer en las guarniciones con plazas y forrajes, se pudiera excusar mucha parte de la recluta y levas, y esto se va reconociendo imposible; pués lo que dan los Estados y lo que se ha aplicado de los 200.000 escudos á esto no basta ni con mucho.

»Por esta causa se ha levantado mano de la leva del Landgrave de Armestat, y en la de Hamburgo parece que nos habremos de contentar con la mitad y así queda faltando medio para concluir el sustento de lo que está en guarniciones, que según la cuenta que se hace será cerca de 700.000 florines, con que es de creer se deshaga mucho; y enteramente falta para la recluta y remonta, para el tren de la artillería y carros de víveres, para provisionar y fortificar á Ostende y las demás plazas amenazadas y dar algo á los cabos y oficiales para salir en campaña; demás de lo que es menester para cumplir lo que se ha ofrecido al Duque de Lorena, que sólo en las plazas importará 100.000 escudos, sin lo que se le ha de dar por lo atrasado y para las levas y reclutas. V. M. lo mandará considerar y ver el remedio que esto puede tener, pues sabe que del país no se puede sacar un real más que lo que se consume en el alojamiento.

»Mazarini me ha respondido que se darán los prisioneros de Mardik (plaza ganada por los franceses el año anterior) con que allá se acaben de soltar los catalanes y franceses, de cuya retención escribí á V. M. que ellos se quejaban;

No menos acertado fué el pensamiento de nombrar al Archiduque Leopoldo Gobernador general de los Países Bajos españoles. Era este Príncipe hermano del Emperador Fernando III y primo hermano de Felipe IV. Años antes se le había brindado también con el mismo cargo, si bien no realzado con tanta autoridad y prerrogativas como ahora, por cuyo motivo lo había rehusado (1). Había de él en aquellos Países muy buena opinión, así de sus virtudes y cultura, como de su valor y espíritu militar, probado ya suficientemente en Alemania contra suecos, franceses y protestantes, de quienes había obtenido notables victorias (2). Terminada la campaña de 1646, con tantas pérdidas como fué la desdicha con que se empezó por la poca conformidad de nuestros Generales; perdidas durante ella las plazas de Courtray, Mardik, Dunkerque y Menín, y sólo ésta recuperada, instó vivamente á Felipe IV aquel Estado que fuese persona Real á gobernarlos. Obligado el Rey á las continuas gestiones que en este punto se hicieron y conociendo también que importaba mucho á su interés particular, despachó á fines de 1646 á Viena para ajustarlo á D. Miguel de Salamanca (3). Ofrecióse al Archiduque otorgarle en lo político y en lo militar autoridad absoluta, sin dependencia alguna de la corte para lo que juzgare conveniente; «que por no obrar en sazón se han perdido muchas plazas mientras iban y venían los correos de lo que se había de hacer» (4).

Accedió por fin el Emperador á que su hermano aceptase el

---

y se pague lo que importarán las cuentas, aunque él dice que no detendrá por esto el mandarlos entregar, obligándome yo personalmente, porque dice que la Reina fía grandemente de mi palabra. Los prisioneros juzgan aquí que podrán ser hoy 800. Creo que será conveniente que V. M. mande que en lo de los suyos se cumpla lo que se les ha ofrecido.»

(1) *Historia manuscrita de Felipe IV*, por Novoa.—Biblioteca Nacional. G. 203, folio 46.—La parte impresa no alcanza aún á este año.

(2) Una relación impresa, en folio, incluída en el volumen manuscrito titulado *Sucesos del año 1647* (Biblioteca Nacional, H-80) llega hasta llamarle con evidente exageración el mayor capitán de nuestros tiempos.

(3) *Sucesos del año 1647*.—Biblioteca Nacional, Ms. H-80.

(4) *Memorial histórico*, tomo XVIII, pág. 472.

cargo de Gobernador general de los Estados de Flandes con estas condiciones, y con la promesa más ó menos vaga de obtener después de algún tiempo la soberanía de ellos, á imitación de lo practicado con la Infanta D.ª Isabel Clara Eugenia y el Archiduque Alberto. En su consecuencia, escribió el Archiduque Leopoldo á S. M. desde Posonia, aceptando el Gobierno de Flandes y resignándose al mayor servicio del Rey de España, indicando asimismo, que con objeto de hacerlo con el mayor acierto en tan crítica ocasión como aquella, «todas sus fatigas y peligros serían muy débiles en pasar, si no fuesen reforzadas vivamente de la mano poderosa, ayuda y auctoridad de V. M., sin la qual no sabría sustentar aquella máquina, ni tampoco querría que aquellos Países padeciesen debajo de su mano la extrema y última ruina» (1).

De Austria salió el Archiduque por la posta, de incógnito, llegando á Bruselas en los últimos días de abril, con solos cuatro de á caballo (2). Seguíale á mayor distancia un cuerpo de alemanes, reclutado en el Imperio (3), compuesto de unos ocho á diez mil hombres. Una carta fechada á 7 de marzo, inserta en el *Memorial histórico* (4), dice que el Archiduque pasó por Holanda con pasaporte, y añade: «Déle Dios mejor suerte de la que han tenido otros Gobernadores que allí han estado.»

Apenas llegó el Archiduque á Flandes, se informó minuciosamente del estado de las cosas, así en lo político como en lo militar, y escribió á S. M. una larga carta dándole cuenta de todo. En ella le manifestaba que si bien el Marqués de Castel-Rodrigo, en cuanto se lo permitía la escasez de medios, había tomado las disposiciones posibles para salir á campaña,

(1) Simancas.—Estado.—Leg. 2.067.

(2) *Sucesos del año 1647.*

(3) *Quaderno de los subcesos de la monarquía.*—Biblioteca Nacional, T-192.—En un pasage de este manuscrito, referente al día 22 de marzo de 1647, se lee: «vino correo de Alemania á S. M. cómo el Archiduque Leopoldo pasa á Flandes al Gobierno y lleva 10.000 hombres.»—Y en primero de mayo: «Trae por aviso cómo llegó el Archiduque á Bruselas: trajo 8.000 alemanes consigo.»

(4) Tomo XVIII.



faltaban todavía muchas, para cuya disposición y cumplimiento había despachado á Amberes á D. Miguel de Salamanca, á fin de solicitar de los hombres de negocios algunos socorros y anticipos; que de lo que se negociase le daría cuenta; que considerase el riesgo á que se expondría todo lo de allí, si saliendo á operar le faltasen los necesarios socorros, á más del desaliento que á él le produciría ver padecer al ejército en la primera campaña que á sus órdenes hacía, y finalmente, que le remitiese alguna cantidad considerable de dinero á la mayor brevedad para prevenir y divertir al enemigo (1).

Con la venida del Archiduque á Flandes hacíase dificultosa la situación de D. Francisco de Moura y Cortereal, Marqués de Castel-Rodrigo, que desempeñaba el cargo de Gobernador general de aquellos Estados; por este motivo se dirigió á S. M. en carta de 2 de abril exponiéndole que, aunque llegado el Archiduque, él no podía continuar allí, todavía dándosele patente de General de la otra parte de la Mosa «podía tener algún color su asistencia,» con tanto más motivo cuanto que el Duque de Terranova le había escrito que el Emperador encontraba dificultades en darle el mando del ejército que mandaba el Archiduque, ni el de Westfalia por él solicitado, á causa de ser director de aquel círculo el elector de Colonia y estar mandando aquellas tropas Melander.

En otra carta de 16 del mismo mes consultaba el citado Marqués á S. M. con ocasión de la llegada á Flandes del Archiduque, sobre la forma de casa y criados que había de ponerse á S. A., tratamiento que había de dar á los grandes y títulos, y los despachos y patente en francés que se le había de entregar para el ejercicio de su elevado cargo. Avisaba también en esta carta la entrevista y conferencia celebrada por el Archiduque y el Duque de Lorena (2), á que había precedido la visita de bienvenida enviada por éste á aquél á su

(1) Simancas.—Estado.—Leg. 2.067.—Consulta original del Consejo de Estado de 21 de mayo.

(2) Este Duque de Lorena es Carlos IV, que nació en 1604 y murió en 1675, célebre por su vida aventurera y agitada.

entrada en Luxemburgo por medio del Marqués de Grana. El Duque salió á recibir á S. A. á una legua de Bruselas, acogiéndole con los mayores cumplimientos. Consultó Castel-Rodrigo con el Archiduque su ida á Alemania, pero S. A. le hizo ver la necesidad que de su persona había en aquellos países y el poco fruto que en Alemania podría conseguir. Al siguiente día fueron de parte de S. A. á tratar con el de Lorena el Conde de Swazemberg y el Conde de Garcies, prometiéndole hacer en su favor cuanto estuviese en su mano.

Consultado el Consejo de Estado sobre los negocios á que se referían estas cartas, concurriendo á él el Conde de Chinchón y D. Francisco de Melo, expuso el primero que respecto á proveer de más ó menos dinero al ejército de Flandes, había habido hasta entonces duda por desconocer la parte por donde atacarían los franceses, con más fuerza, si por Flandes ó por Cataluña; pero visto que era por este último punto, creía llegado el caso de hacer los mayores esfuerzos en los Países Bajos, destinando, sin embargo, algunos socorros con prioridad á Cataluña, para que, llamando poderosamente la atención de los franceses por la parte de las fronteras de Flandes, no socorriesen con tanta pujanza al Príncipe de Condé. Esto no obstante, dijo antes de terminar, que habiendo de hablar Melo, en quien reconocía tanta experiencia en esta materia, se reservaba el añadir á este voto, conformándose con el suyo, lo que juzgare conveniente al mayor servicio de S. M.

Empezó D. Francisco de Melo declarando que se conformaba con lo votado por el Conde de Chinchón; que se uniera á esta consulta una relación del dinero remitido á Flandes durante este año; y teniendo en cuenta lo que ya se había pagado y lo que se pedia para esta campaña, habrían llegado á buen tiempo las mesadas de marzo y abril, y que continuándose con puntualidad las siguientes, podía hallarse contento y satisfecho el Archiduque. Fué asimismo de opinión que se respondiese al Marqués de Castel-Rodrigo había aprobado S. M. lo concertado entre S. A. y el Duque de Lorena. Conformóse Chinchón con el voto de Melo, y S. M. decretó lo siguiente: «Hágase así, excepto la disminución de las provisiones que apunta el de Chinchón, pues antes fuera conve-

niente aumentarlas para que se obrase allí tan vivamente que obligasen á aflojar en Cataluña á nuestros enemigos.»

También el Duque de Amalfi participó á S. M. en carta de 14 de abril (1), la felicidad con que el Archiduque había pasado á aquellos Estados «atropellando por todos los inconvenientes que se ofrecían en el viaje por el mayor servicio de V. M.» En cuanto á él dice que se resignaba con todas sus fuerzas á aquel Príncipe «en orden á la mayor grandeza y servicio de V. M.»

No dejaba el Archiduque Leopoldo de ir refiriendo á Felipe IV los aprestos y disposiciones que con gran celo y actividad preparaba para entrar en campaña, y así en 11 de mayo le escribió que ya por sus despachos de 15 de abril habría tenido noticia de su llegada á aquellos Estados, habiendo puesto en ejecución la orden de S. M. luego que se lo permitieron las cosas de Alemania. Asegurábale que por lo que á él concernía no se omitiría un solo punto en cuanto fuese de su ma-

(1) Archivo de Simancas.—Estado.—Leg. 2067.—Más que por su título es conocido este distinguido General en la historia por su nombre. Llamábase Octavio Piccolomini, de antigua y nobilísima casa italiana. Nació el 11 de noviembre de 1599. Puesto al servicio del Imperio, tomó parte en casi todas sus guerras. Ya en 1643 había mandado ejércitos en Flandes, y Felipe IV revalidó en su favor el título de Duque de Amalfi, antiguo en su casa. Mademoiselle de Montpensier en sus tan renombradas Memorias (Tomo I, pág. 153) habla de él con gran elogio, diciendo que era tenido por uno de los más corteses y galantes hombres de su siglo. El Sr. Weill en un reciente estudio, de sumo interés histórico, sobre el Conde de Fontaine le califica de oficial de gran talento, aunque no muy afortunado. Murió el 10 de agosto de 1656 sin dejar sucesión de su matrimonio con Benigna Francisca de Sajonia Lauenburg. La parte principal que tomó en la campaña de 1647, como Gobernador general de las armas, ensalza y avalora extraordinariamente su gran figura histórica.

En un magnífico retrato de este personaje grabado en cobre, de tamaño de á folio, se lee al pie: «Octavius Piccolomini de Aragona, dux Amalfi, Sacri Romani Imperii Comes, Nachodii dominus, Eques Aurei Velleris, á Consiliis status et belli, á Cubiculis Locumtenens, Marischalcus Campi Generalis Equestris Custodiae, Praefectus Colonnellus Equitum et Peditum et Primus Plenipotentiarius Sacrae Maiestatis Caesareae ad tractatum Norimbergensem executionis Pacis Germaniæ.—Anselmus van Halle pinxit..... Corn, Galle sculpsit.—1649.» Lleva por lema: *Finis belli pax.*

yor servicio; que el Marqués de Castel-Rodrigo cumplía también con su obligación y le asistía con su consejo, por cuya razon S. M. le debía dar muchas gracias, y que al siguiente día salía de Bruselas para juntarse con el ejército «esperando en Nuestro Señor ha de dar buenos sucesos á las armas de V. M. por la justificación de la causa que defienden y por la soberbia con que franceses tratan de la ruina de la Augustísima Casa, como más particularmente lo entenderá V. M. de los despachos del Conde de Peñaranda, y por los del Marqués (de Castel-Rodrigo) lo que ha parecido responderle» (1).

No debió ser tan absoluta la autoridad de que se invistió al Archiduque, cuando con la misma fecha de 11 de mayo escribió á S. M. exponiéndole que con la neutralidad ajustada entre el Duque de Baviera, franceses y suecos y tener noticia de que seguía el mismo camino el Elector de Colonia, quedaba separado del cuerpo principal del Imperio el Círculo Westfálico, del que si los enemigos se llegasen á apoderar, quedarían los Estados de S. M. en Flandes en gravísimo peligro; por cuyo motivo había resuelto, de acuerdo con el Marqués de Castel-Rodrigo, escribir de propia mano á S. M. Cesárea, representándola los inconvenientes que podrían sobrevenir si prontamente no se aplicaba el remedio conveniente, y que el más seguro para los intereses de España y los suyos propios en aquellas circunstancias era que le enviase «plena autoridad para gobernar aquellas armas y encaminar unidamente las conveniencias de la Augustísima Casa,» quedando en avisar á S. M. de la resolución del Emperador (2). Entretanto no perdía tiempo en asegurar los ánimos de los que por miedo ó flaqueza podían inclinarse al enemigo, escribiendo al efecto á los cabos que en aquellas partes mandaban tropas, siguiesen fiel-

(1) Archivo de Simancas.—Consultas del Consejo de Estado.

(2) El Marqués de Castel-Rodrigo había también escrito á S. M. en carta de 21 de junio la necesidad que había de que el Archiduque gozase de las mismas facultades que á él le habían sido concedidas en materia de ventas, empeños y anticipos, á cuya pretensión accedió S. M.—(Simancas.—Estado.—Leg. 2.067.) Más tarde desistió el Archiduque de su pretensión al Gobierno de las armas del Círculo Westfálico, en carta dirigida á S. M. de que informó el Consejo de Estado aprobando esta determinación.

mente el partido de aquella Casa. Y habiéndole escrito el comisario imperial Prubendal, que asistía en Colonia, la necesidad de municiones que para su defensa tenían algunas plazas, le envió solamente 12.000 escudos, en vista de la cortedad de recursos en que se encontraba.

Tanto el Rey como el Consejo de Estado, á que concurrieron el Duque de Villahermosa y los Marqueses de Valparaíso y de Loriana, aprobaron todas estas determinaciones del Archiduque (1).

Escasos socorros podía esperar este Príncipe de la Península, que atravesaba entonces, como toda la monarquía española, una crisis gravísima. Rebelados Portugal y Cataluña; apoderado el ejército francés, al mando del Príncipe de Condé, de gran parte de este principado; Palermo y Nápoles insurreccionados, y la administración pública en el mayor desorden y confusión, era de todo punto imposible atender con la diligencia y eficacia necesarias al buen gobierno y defensa de los Estados de Flandes. Así es que el Archiduque, una vez enterado del estado de los negocios, atendidas las necesidades más urgentes del ejército y asegurado de la neutralidad de los holandeses, decidió resueltamente entrar desde luego en campaña, como en efecto lo verificó.

La ocasión, por otra parte, era propicia, porque preocupados los franceses con la profunda escisión entre la corte y el Parlamento y con la guerra de Cataluña, y satisfecho con sus anteriores victorias el Duque de Orleans, que rehusó este año encargarse del mando del ejército en la frontera de Flandes, hubo de dividirse éste entre los mariscales Gassion y Rantzau, gobernador el uno de Courtray y de Dunkerque el otro, división siempre funesta y tanto más, cuando, como en el caso presente, no concordaban ni los caracteres, ni las voluntades. Tomó, pues, la iniciativa en la guerra el Archiduque y resultó una vez más comprobado aquel adagio español de que «al que madruga Dios le ayuda.» Resultado de esto fué que cuando á mediados del año pidió el de Condé con urgencia gente para reforzar su ejército de Cataluña, se le respondiese «que la

(1) Archivo de Simancas.—Consultas del Consejo de Estado.

Francia estaba muy apurada y que necesitaba de gente en Italia y Flandes, donde los progresos del Archiduque eran cada día mayores» (1). «El francés, se lee en una correspondencia de este año, ha hecho todo el esfuerzo posible por juntar ejército para Flandes, y el que tiene junto es de 22.000 hombres entre caballería é infantería. El nuestro tiene 35.000 así en la caballería como en la infantería (2). Si hubiese un hecho en que Dios nos diese buena suerte, sería de grande importancia para la conclusión de la paz» (3).

No es, por tanto, de maravillar que á poco de comenzada la campaña dijesen donosamente nuestros enemigos que «Santiago había andado hasta ahora en borrico y que ahora se ha puesto á caballo» (4).

Dificultades económicas retardaron la salida á campaña del ejército de S. M. Cuando llegó la mesada de marzo, estaba ya anticipado la mayor parte de su importe, y á duras penas y á costa de grandes esfuerzos pudieron obtenerse en Amberes algunas cantidades para comenzar las operaciones. El Marqués de Caracena salió á la guerra con sólo doce mil escudos, debiéndosele más de veintidos mil, y por este estilo los demás Generales. El mismo Archiduque no pudo conseguir lo preciso para su persona y familia (5); mas como el Rey y su mi-

---

(1) *Memorial histórico*, tomo XIX, pág. 20.

(2) *Memorial histórico*, tomo XIX, pág. 62.

(3) En una carta del *Memorial histórico*, tomo XVIII, se dice que nuestro ejército se componía de 10.000 caballos y 20.000 infantes. Novoa, en su *Historia de Felipe IV*, asegura que constaba de 30.000 infantes y 7.000 caballos; y por último, en el citado manuscrito *Quaderno de los subcesos de la monarquía de España*, se dice que tenía el Archiduque 35.000 hombres entre infantería y caballería y cien piezas de campaña.—En carta de 21 de junio escribía S. A. á S. M. que había sacado 4.000 hombres de las tropas del Duque de Lorena para unirlas al ejército que mandaba. (Simancas.—Estado.—Leg. 2.067.)—También el Conde de Noris ofreció leva de sus gentes para Flandes. El cargo de contador del ejército lo ejercía D. Diego de Hernani, quien con frecuencia escribía también á S. M. participándole el estado de las cosas tocante á su oficio.

(4) *Memorial histórico*, tomo XIX, pág. 68.

(5) Al finalizar esta campaña escribía el secretario Galarreta á S. M. que el Archiduque sólo había tomado en toda ella veinte mil escudos por vía de ayuda de costa. (Simancas. Consulta de 9 de noviembre.)

nistro D. Luis de Haro le apremiaban no sólo para salir á campaña, sino para que las operaciones fuesen de tal calidad que llámasen poderosamente por aquella parte la atención de los franceses, obligándoles á amenguar el empuje con que hacían la guerra en Cataluña, resolvió emprender la marcha con el ejército de cualquiera manera que fuese.

No dejó, sin embargo, de recordar á S. M. la penuria en que quedaba, «pues para levantar una trinchera, dar un escudo á un soldado herido ó á un espía no se saca un real en campaña,» y á no ser por algunas cantidades que dió á los Generales para empezar la guerra, «todos se encogían de hombros en el salir á campaña, aun con haber empezado el exército á marchar» (1).

Las razones que movieron á S. A. á atacar primeramente á Armentieres fueron en primer lugar hallarse ya el tiempo tan adelantado, que era difícil acometer otra operación mayor sin que los enemigos se juntasen, y viendo á los nuestros empeñados, se echasen sobre otra plaza, obligándolos á levantar el sitio para acudir al socorro de ella, ó tener que llegar á las manos con pocas ventajas; además de que poseyendo las plazas de Armentieres y Menin, quedaba como cortada y era al enemigo muy difícil socorrer la de Courtray. Por otra parte, teníase por seguro que el designio de los franceses era atacar á Saint-Omer, y recuperando á Armentieres se podía fácilmente acudir en su auxilio.

Así, pues, designada la ciudad de Tournay para plaza de armas, y celebrado consejo de guerra por los Generales de S. M. Católica bajo la presidencia del Archiduque, resolvióse acometer como operación preliminar á Comines, situado en la ribera del Lys, cuyo castillo habían fortificado los franceses con cinco medias lunas, contraescarpas, palizadas y fosos.

En su consecuencia, el Archiduque Leopoldo ordenó á

(1) Simancas.—Estado.—Carta del Archiduque Leopoldo á Felipe IV. No pocas de las letras que de España se remitían á Flandes para su cobro y paga del ejército, eran desatendidas por los hombres de negocios, sobre cuyo particular escribió también el Archiduque á S. M.



D. Esteban de Gamarra, general de la artillería, que con cinco regimientos de infantería, de ellos dos de italianos, mandados por los maestres de campo Marqués de Bentivoglio y Juan de Liponti, uno de valones y dos de ingleses, con parte de la caballería de S. M., á cargo del teniente general D. Antonio de la Cueva, atacase á Comines, guarnecida por cuatrocientos cincuenta franceses, decididos á defenderla á toda costa.

Comenzó Gamarra á abrir trinchera, enderezar sus baterías, hacer jugar su artillería y arrojar gran número de bombas en las fortificaciones de la ciudad. Hecha esta muestra de vigoroso ataque, envió á decir al Gobernador que aceptase las buenas condiciones que le ofrecía para rendirse, á fin de evitar la ruina del castillo por ser propiedad del Príncipe de Chimay. Pero el Gobernador respondió que no pensaba pedir cuartel mientras le quedase un solo soldado vivo.

Dispuso entonces D. Esteban de Gamarra que se continuasen las aprochas con toda diligencia, y habiéndolas adelantado italianos, valones é ingleses hacia la contraescarpa, y hecho la artillería abertura en las palizadas, dieron todos un ataque y asalto general á las medias lunas y fortificaciones exteriores, ganándolas, ocupándolas todas y obligando á los enemigos á retirarse al castillo. Seguidamente levantaron los nuestros una batería de cuatro piezas en la extremidad del foso del castillo, en la que hicieron gran brecha los sitiados, combatiéndola furiosamente y causando muchas bajas en los sitiadores.

Esto no obstante, viendo el Gobernador los destrozos que aquella batería había hecho en la muralla y que los nuestros habían echado ya un puente de faginas en el foso, se rindió en 11 de junio con toda la guarnición, después de diez días de sitio, sin haberle otorgado otra gracia que las vidas salvas, quedando todos prisioneros de guerra y la ciudad y castillo en poder de S. M. Nuestras pérdidas consistieron en la muerte del coronel de los ingleses, en la de un sargento mayor de los italianos y en la de dos capitanes y sesenta soldados, la mayor parte de ellos oficiales reformados. La bala lanzada del castillo, que causó la muerte del referido coronel, había tocado antes en el sombrero de Gamarra.

CAPÍTULO II

Sitia nuestro ejército á Armentieres.—Disposición de los cuarteles.—Sale á campaña el Archiduque.—Su séquito.—Sorpresa de la corte y de los Generales franceses.—Prevenciones del Gobernador Du Plessis.—Visita S. A. los cuarteles.—Ataques de los sitiadores y defensa y salidas de los sitiados.—Intentan los franceses socorrer la plaza.—Desisten de su intento y son perseguidos.—Acredita S. A. su valor al visitar las trincheras.—Entusiasmo de un soldado.—Ataque encarnizado.—Última salida de los sitiados.—Ataque y asalto general.—El Gobernador de la plaza pide capitulación.—No le concede el Archiduque más que las vidas.—Razón que para ello tenía.—Amenaza el Gobernador prender fuego á la ciudad.—Envía nuevos diputados para la capitulación.—Respuesta de S. A.—Ríndese al fin Armentieres.—Se hace entrega de ella al Marqués de Castel-Rodrigo.—Entrada de S. A. en la ciudad.—Comisiones que vienen á felicitarle.—Celebra consejos de Estado y de Guerra.

Expugnado Comines, resolvió el Archiduque, por las razones antedichas, sitiar á Armentieres con ánimo de hacer lo mismo después con Bethune, plazas que por sus posiciones importaban más que otra alguna. Recibió por tanto orden el Marqués de Caracena (1) de establecer su cuartel en Houplines, cuyo castillo, situado sobre el río Lys, habían los franceses fortificado y guarnecido con cuarenta soldados. Rindióse inmediatamente al Marqués, y entonces comenzó todo el ejército á sitiar á Armentieres, empezando el de Caracena

---

(1) D. José de Castejón, sobrino del Presidente de Castilla, y uno de los Generales más reputados de su tiempo. El título de Marqués de Caracena se le expidió en 20 de enero de 1643.



por echar un puente de comunicación sobre el Lys y abrir su línea de circunvalación.

El Conde Buquoy estableció su cuartel á la izquierda, sobre el camino de Arras, cubriendo con su caballería los caminos y avenidas que de esta ciudad iban á Armentieres, por los cuales se temía que intentarían socorrer la plaza. El Barón de Beck (1) con sus alemanes y valones, acampó sobre el camino de Lille, formando asimismo su línea de circunvalación (2). El Príncipe de Ligne tomó su cuartel más hacia la mano derecha, cubriendo con su caballería aquel lado de la ciudad. El Marqués Sfondrato (3), General de la artillería, tomó su cuartel entre el del Marqués de Caracena y el del Barón de Beck. En cuartel separado, situado á la otra parte de Lys, se asentó con los italianos D. Esteban de Gamarra, oponiéndose al socorro que intentasen meter los franceses en la plaza por aquella parte. Con suma diligencia comenzaron á trabajar todos estos Generales en los aprestos y defensa de sus líneas; y hallándose ya el ejército en esta conformidad, dispúsose el Archiduque á salir en persona á campaña. Pero quiso antes implorar la divina asistencia, y al efecto rogó al Arzobispo de Malinas mandase hacer rogativas en todas las iglesias y monasterios, y en el domingo próximo una procesión general con el Santísimo Sacramento de Milagros á fin de alcanzar la bendición celestial á favor de las armas del Rey Católico, procesión á que asistió S. A. con los caballeros de su corte y numeroso pueblo.

El lunes siguiente, 13 de mayo, partió el Archiduque de Bruselas acompañado del Príncipe de Darmstat, del Marqués de Castel-Rodrigo, del Conde de Isemburgo, del Marqués de Lede,

(1) Juan, Barón de Beck, ilustre General flamenco al servicio de España, que por su pericia y valor, subió á los más altos puestos militares, habiendo sido de muy humilde cuna y postillón en sus juveniles años.

(2) La relación atribuída á Vincart emplea siempre la voz circunvalación; pero más bien debe entenderse *contravalación*, pues ésta es la que exclusivamente se emplea contra la guarnición numerosa y esforzada de una plaza que se hace temible por sus vigorosas salidas. Véase el *Diccionario Militar* del Sr. Almirante.

(3) Segismundo Sfondrato, Marqués de Montasia.

de los gentiles hombres de su cámara, Conde de Atamús, Marqués de Palavicini y Marqués de Grana; de su mayordomo el Marqués de Ayseau y de otros caballeros de su corte. El Duque de Amalfi, gobernador de las armas, y los otros Generales, se hallaban ya en campaña.

El mismo día llegó el Archiduque á la villa de Ath; al siguiente á Tournay y al otro á Lille, desde donde había de pasar al frente de sus tropas.

La noticia de haber tan de improviso salido á campaña S. A. y de haber sitiado su ejército á Armentieres, impresionó tan desagradablemente á la Reina de Francia, que á la sazón se hallaba en Compiegne, que la hizo desistir de su animosidad de querer estar próxima al ejército francés y de no adelantarse más hacia la frontera.

El Duque de Orleans por su parte, temeroso de perder la gloria que en los años anteriores había ganado, se excusó de mandar el ejército francés en esta campaña, poniendo en su lugar á los mariscales Gassión y Rantzau.

Desde luego conocieron la Reina y el citado Duque que las armas francesas, no pudiendo tomar la ofensiva, habían de contentarse con estar á la defensiva, y que asimismo les era imposible socorrer la ciudad sitiada ni aun intentar socorrerla.

Sorprendido el Gobernador de Armentieres, Mr. Du Plessis Bellieure, con la llegada de nuestras tropas y vanguardia del Marqués de Caracena al rededor de la ciudad, viendo tomados todos los puestos, envió un emisario al mariscal Gassión quejándose amargamente de no haber sido advertido á tiempo que iba á ser sitiado; pero no menos sorprendido se quedó Gassión de no haber sabido nada de la marcha de las tropas del Rey Católico hacia esta ciudad, y queriendo hacer de la necesidad virtud, resolvió sacar de las guarniciones más próximas toda la gente que pudiese y juntarla cerca de Bethune. Al mismo tiempo avisó al mariscal Rantzau, que estaba en Dunkerque, viniese prontamente con todas las tropas que pudiese reunir, á unírsele junto á Estaires.

Prevenido de todo esto el Gobernador de Armentieres, decidióse á defender la plaza hasta el último extremo, y quiso su buena suerte que en el mismo día que llegó á ocupar su

puesto el Marqués de Caracena, había entrado accidentalmente en la ciudad el regimiento de Navarra, que aquella misma noche debía pasar á Courtray á reunirse con otras tropas, pero que no pudiendo ya salir, quedó en Armentieres para ayudar á defender la plaza hasta su rendición. Con este refuerzo y con la guarnición ordinaria había en ella unos dos mil quinientos soldados.

Intentó Mr. Du Plessis hacer salir de la ciudad á su mujer é hijos con Mr. de Gonbaut, intendente de las contribuciones del país, pero no pudieron pasar, por estar ya tomados todos los caminos y ocupados por la caballería del Conde de Bucquoy, situado en los caminos de Bethune y Arras.

Los Generales entretanto seguían trabajando en la línea de circunvalación y en fortificar cada uno su cuartel, hecho lo cual se repartieron entre sí el sitio en dos ataques principales: el uno del Marqués de Caracena con los españoles, borgoñones é ingleses, y el otro del Barón de Beck, con los alemanes y valones, con dos ataques particulares, del uno de los cuales, que era el de los valones, se encargó el Príncipe de Ligne, y del otro, que era el de los alemanes, se encargó el Marqués Sfondrato, quedando el Conde de Bucquoy en su puesto y cuartel sobre el camino de Arras en oposición de los enemigos que por aquella parte intentasen romper algún cuartel ó meter socorro de la plaza, cubriendo con su caballería todo aquel lado que mira la Francia, y D. Esteban de Gamarra en su cuartel á la parte que mira Flandes para resistir la aproximación de los franceses.

Así repartidos los cuarteles, el Marqués de Caracena señaló también un puesto al capitán de caballos Arias Gonzalo, hijo del Conde de Puñonrostro, para fortificarlo, por recelarse que si el enemigo pensase romper un cuartel, lo había de hacer por esta avenida, como así fué, y encontrándolo tan bien fortificado y el mencionado capitán con sus soldados tan resueltos á defenderlo, se retiró. En veinticuatro horas construyó este fuerte Arias Gonzalo y lo mantuvo con la caballería é infantería que tenía á su cargo.

Los Generales á quienes estaban encomendados los ataques abrieron trincheras, hicieron sus aprochas y enderezaron

sus baterías con todo valor y diligencia; y el Gobernador de la plaza comenzó asimismo á hacer buena defensa, no cesando de disparar de día y de noche innumerables cañonazos sobre todos los cuarteles y puestos, así á los que trabajaban en las líneas como á los que lo hacían en las baterías. A este fuego respondió solamente el Marqués de Caracena desde su batería, que tenía ya hecha á la parte de la puerta de Arquinghem, porque las otras baterías no estaban aun acabadas.

Llegó en esto el Archiduque al ejército á inspeccionar la disposición del sitio, acompañado del Marqués de Castel-Rodrigo, del Duque de Amalfi y de otros muchos caballeros de su corte, y entró en la línea por el cuartel del Barón de Beck, haciéndole los escuadrones de infantería y caballería tres salvas, y demostrando gran contento de ver á S. A. visitar sus trabajos. De allí fué á ver el ataque y la batería del Marqués Sfondrato.

Del cuartel de éste pasó al del Conde de Bucquoy, y de allí al del Marqués de Caracena, donde visitó también la línea, las trincheras, baterías y ataques: hallólo todo ajustado á sus órdenes, y se quedó á comer en este último cuartel.

Examinado por S. A. el medio circuito del sitio por la parte que mira á Francia, fué á recorrer la línea, trincheras y ataques por la correspondiente á Flandes. Pasó el Lys por el puente de fagina y entró en el cuartel de D. Esteban de Gamarra, y tanto se aproximó á la ciudad, que observándolo los sitiados y figurándose que debía ser el Archiduque por el lucido acompañamiento que llevaba y por las salvas que los escuadrones le hacían, comenzaron á disparar mucha artillería.

De este cuartel pasó S. A. sobre el segundo puente el Lys y fué á ver el de valones del Príncipe de Ligne. Recibióle la caballería formada en escuadrones, haciendo las tres salvas de ordenanza. Satisfecho en alto grado el Archiduque de la diligencia y valor de todos los generales y soldados, que en tan poco tiempo habían adelantado tanto hacia la ciudad, se volvió al cuartel del Barón de Beck, cenando en una granja que éste había hecho aparejar con muchos ranchos de árboles. Aquella noche volvió S. A. á Lille á acabar de disponer lo

necesario para el sustento del ejército del Rey de España y progreso de sus armas.

Alentados con esta visita de S. A. todos los Generales, prosiguieron adelantando sus trincheras y ataques con indecible valor; y como el Marqués de Caracena con sus españoles y borgoñones procurase adelantar los suyos más que los otros, el Barón de Beck, el Príncipe de Ligne y el Marqués Sfondrato con sus valones y alemanes, picados de la misma honra y valor, procuraron adelantar también los suyos al igual de los del Marqués, recorriendo todos ellos de día y de noche sus líneas, disponiendo y ordenando á los coroneles, capitanes y soldados sus respectivos trabajos.

Los sitiados para retardar é impedir á los sitiadores sus aprochas, hicieron algunas notables salidas: la primera fué contra las trincheras de los españoles, y tan furiosa, que los obligaron á desamparar una parte de sus trabajos; pero acudiendo el Marqués de Caracena, fueron los enemigos después de una escaramuza muy viva rechazados con muerte de muchos de los suyos, entre ellos un capitán del regimiento de Navarra y también de algunos de los nuestros.

Otra salida hicieron contra las trincheras de los valones en el cuartel del Príncipe de Ligne, donde estaba de guardia una compañía de infantería del Conde de Bruay, reforzada por la compañía de caballos del Barón de Hest, hermano del Conde de Gravendoncq. Salieron trescientos esguízaros con cincuenta caballos y cargaron los de S. M. con una salva de mosquetazos y pistoletazos.

Defendiéronse los nuestros con mucho valor, secundados por dicho Barón con su caballería, el cual pujando su caballo, se echó en medio de la caballería francesa y á quema-ropa mató al que venía á su frente; mas de los muchos mosquetazos que recibió y á consecuencia de haberle matado el caballo, quedó herido y preso en poder de los enemigos. Acudió entonces el Conde de Bruay y luego también el Príncipe de Ligne, con tal brío, que fueron los enemigos rechazados y librado el Barón de las manos de los franceses, quedando el Príncipe dueño de la trinchera y del puesto.

A la noche siguiente entró de guardia á las cinco de la tar-

de en las mismas trincheras el Conde de la Moteria (1) con su tercio de valones, trayendo cada oficial y soldado su fagina para continuar el trabajo; y á media noche los enemigos, en número de trescientos, cada uno con su mosquete y una granada en la mano, vinieron á acometerles. Degollaron las centinelas perdidas y á cuerpo descubierto saltaron en las trincheras, obligando al Conde á retirarse con los suyos á la plaza de armas con alguna confusión, y á salir al fin al campo, donde asistido de su sargento mayor, Du Terne, se opuso con tanta bravura, que después de haber estado un rato el enemigo posesionado de un ramal de la trinchera, fué forzado á retirarse sufriendo muchas bajas. De los de S. M. quedaron también muertos no pocos, entre ellos los capitanes Tiefez y de Breucq, por no poder maniobrar la caballería que estaba de guardia á causa de los muchos fosos que tenían que atravesar.

Otra salida hicieron los sitiados en la misma noche contra los trabajos de los españoles á la parte de Arquinghem, cuartel del Marqués de Caracena, donde estaba de guardia el maestre de campo D. Francisco Deza, y ayudados de su caballería, comenzaron á deshacer un ramal de las obras; mas fueron también vivamente rechazados, dejando atrás muchos muertos, que después retiraron.

Teniendo noticia el Archiduque de que los franceses se acercaban á la línea que mira á Flandes, cuartel de D. Esteban de Gamarra, volvió de nuevo al campamento; y en efecto, muy de mañana dejáronse ver á tiro de cañón de dicha línea, sobre el camino de Estaires. El Marqués de Caracena envió prontamente algunas compañías de sus regimientos españoles con parte del de los borgoñones del Marqués de Diene, y el Barón de Beck otros ramos de sus regimientos valones y alemanes á reforzar aquel cuartel, auxiliadas estas fuerzas con alguna caballería de los Generales de ella, Conde de Bucquoy y Príncipe de Ligne.

Entendiendo S. A. que los franceses avanzaban y habían llegado ya á Niepe, salió á ellos acompañado del Duque de

---

(1) D. Felipe de Lannoy, señor y conde de la Motherie.

Amalfi. Los antes mencionados Maestres de campo Generales hicieron avanzar sus tropas dispuestas en batallones, pero viendo que el enemigo no proseguía adelante, se contentaron los Generales de caballería con perseguirlo con las fuerzas de su mando, obligándole á retirarse á buen paso; y todavía escaramuzando con algunas tropas de su retaguardia, se les cogieron algunos prisioneros. Hecha esta tentativa, desistieron Gassión y Rantzau de socorrer la plaza.

Volvió el Archiduque Leopoldo después de este suceso á recorrer otra vez las trincheras, aprochas y baterías, y compadecido de los que en ellas trabajaban apesar del mal tiempo, mandó dar á los artilleros de cada batería siete doblas, y á los soldados que estaban en las trincheras á cada uno un socorro de placas. Suplicó el Duque de Amalfi á S. A. que no se adelantase tanto, por los frecuentes mosquetazos de los sitiados; mucho más habiendo el calor de una bala frisado el cordón del sombrero de S. A. También el capitán Acosta, español, que estaba de guardia á la cabeza de dicha trinchera, suplicó á S. A. tuviese á bien retirarse por el gran peligro que corría, rogando al Duque que no le dejase parar allí más tiempo; con que S. A. salió riéndose del cuidado que con él tenían.

Resuelto á permanecer en el ejército hasta el fin de la empresa, fijó su cuartel en el del Conde de Bucquoy, entre el regimiento de españoles de D. Gabriel de Toledo y el de borgoñones del Marqués de Diene. El de Bucquoy, por tanto, cubrió el cuartel de S. A. con su caballería, que tenía muy avanzada sobre el camino de Arras, y dispuso que su Teniente general D. Antonio de la Cueva, y su Comisario general el caballero Villaneufe, cuidasen de las guardias avanzadas y de batir la estrada para asegurar más aquel recinto, que como situado en el camino de Arras, fácilmente podía por él venir el francés.

La asidua presencia de S. A. en el campo y en las trincheras dió mucho ánimo á todos los jefes y soldados. Aquella noche el Marqués de Caracena avanzó sus baterías y ataques tan cerca de la contra-escarpa, que hizo abertura en las empalizadas. Asimismo el Barón de Beck avanzó las suyas con tanto valor, que aunque comenzadas más tarde, las igualó

con las del Marqués. El Príncipe de Ligne hizo avanzar sus valones á cuerpo descubierto hacia la punta de la contra-escarpa en aquella noche cincuenta pasos.

El Marqués Sfondrato, General de la artillería, con sus alemanes avanzó sus aprochas y baterías hasta un tiro de pistola del foso de la contra-escarpa, llevando él mismo muchas veces una fagina en una mano y una capa en la otra para dar ejemplo á sus coroneles y capitanes.

Mientras se adelantaban las aprochas y baterías y el Conde de Bucquoy con su caballería aseguraba los cuarteles de la invasión de Gassión, el Príncipe de Ligne los aseguraba también contra las salidas de los de la ciudad, asistido de su Teniente general D. Francisco Pardo y de su Comisario general D. Luis Cayro.

En 24 de mayo entró de guardia, al ataque del Príncipe de Ligne, el Barón de Crevecour en las trincheras con su regimiento de valones, reforzado con el del Conde de Bruay y el del Maestre de campo Helem, y adelantó las aprochas otros veinte pasos, sin que dejase el Príncipe ni una sola noche de hallarse en ellas, animando con su presencia á los Maestres de campo y capitanes. Esta misma noche se vino á rendir á los alemanes un alférez de la compañía del Gobernador, el cual avisó que la ciudad no se podía defender más de tres ó cuatro días por falta de pólvora.

El 27 de mayo, pasando S. A., seguido del Duque de Amalfi, por las aprochas de la puerta de Arras, donde estaba de guardia D. Gabriel de Toledo con su tercio, un soldado animado con su augusta presencia dijo en alta voz á sus compañeros: «¡Animo! Hoy hemos de ganar la punta de la estrada encubierta á la honra del Sr. Archiduque.» Á cuyas palabras salieron todos de la trinchera, y á cuerpo descubierto, conducidos por el sargento, se adelantaron hacia el punto deseado, apoderándose de él con grande efusión de sangre de una parte y de otra. Sin embargo, los sitiados redoblaron de tal suerte el número de granadas y mosquetazos, que se vieron precisados aquellos valientes á dejar la dicha punta y fortificarse á diez pies de ella.

Una hora entera duró la escaramuza, costando la vida á un

capitán y ocho soldados españoles, resultando además treinta heridos. El Archiduque, que se halló presente á ella con el Duque de Amalfi, mandó dar tres ducados á cada uno de éstos.

La última salida de los sitiados fué el 28 de mayo, á media noche, por la parte de la puerta de Arquinghem, donde estaba de guardia el tercio del Maestre de campo D. Gaspar de Bonifacio, sustentado de dos compañías de caballos de la del Conde de Waroux y de la del capitán Blas de Franca, en cuya salida perdieron más gente que en ninguna otra. Una compañía del regimiento de la Reina fué enteramente deshecha, quedando todos los soldados ó muertos ó heridos; los demás desampararon el puesto. En este ataque murieron también dos valientes capitanes españoles, Martín de Rea y D. Juan Ladrón (1).

Nuevamente fué S. A. á recorrer las trincheras; y por más que los sitiados le tiraron muchos cañonazos y mosquetazos, no le hicieron por esto desistir de su propósito de enterarse de todo con detención y proligidad. Viendo que todas las aprochas estaban ya igualmente adelantadas hasta el pie de la contra-escarpa, resolvió que al siguiente día se diese el ataque y asalto general. Dispuso al efecto todo lo necesario, mandando traer al borde del foso de la contra-escarpa gran cantidad de fagina, para poder mejor atravesarlo, así como muchas granadas, fuegos artificiales y otros aprestos que el General de artillería Marqués Sfondrato tenía preparados.

Dispuestos los soldados al ataque, dió el Archiduque por santo y seña los nombres de «Jesús, María.» La señal del asalto general y simultáneo eran dos cañonazos que debía disparar la batería del Marqués de Caracena, á los que debía

---

(1) En una de estas salidas fué hecho prisionero un capitán francés de mucho mérito llamado Vilermont. El Duque de Amalfi, á quien fué presentado, haciendo gala de sus generosos sentimientos, le permitió volver á la ciudad bajo palabra de no hacer armas contra el ejército de S. M. en aquel sitio, no sin darle antes de comer en su propia mesa y de conversar con él con exquisita cortesía sobre su país y sobre algunos personajes de la corte de Francia. (*Memoires de Mlle. de Montpensier.*)



responder con otros dos de la suya el Príncipe de Ligne y sucesivamente hacer lo mismo el Marqués Sfondrato. Formada en escuadrones la caballería del Conde de Bucquoy para asegurar el campo contra el socorro de los enemigos, todo se ejecutó precisamente como estaba dispuesto entre doce y una de la noche. Hallándose presente el Archiduque y cada General al frente de su ataque, se tocó alarma para asaltar, y acometieron todos con tal ánimo y valor, que á un mismo tiempo se apoderaron de la punta de la contra-escarpa atacada, aunque á costa de mucha sangre de una y otra parte por la extraordinaria resistencia del enemigo, que llegó á competir en valor con el de los soldados de S. M.

Ganada la estrada encubierta, cada General se fortificó en el puesto que había ganado, manteniéndose en él el resto de la noche. Al amanecer, los sitiados tocaron llamada en el cuartel de S. A., que sabían estaba junto al de los españoles, pidiendo condiciones ventajosas para rendirse; con que el Archiduque envió al Duque de Amalfi á entender lo que pedían y hacer cesar á los soldados de tirar. Para tratar de la capitulación, salieron de Armentieres dos capitanes franceses y suplicaron que S. A. los dejase salir con armas y bagajes; pero no quiso concederles otras condiciones que las que ellos habían otorgado á los soldados de S. M. en Mardik el año anterior, á saber: quedar todos prisioneros de guerra. No las aceptó el Gobernador de la plaza, y entonces el Barón de Beck hizo continnar los ataques de los alemanes y valones, y las baterías del Príncipe de Ligne y del Marqués Sfondrato prosiguieron sus fuegos más furiosamente que antes. De ello envió á quejarse el Gobernador al Duque de Amalfi y al Marqués de Caracena, diciendo que no habían de disparar mientras capitulaba con S. A. sobre la rendición de la ciudad, y habiendo participado el Duque y Marqués esta queja al Barón, éste respondió que no lo ignoraba, pero que tampoco pensaba suspender sus ataques mientras no hiciesen llamada á su cuartel; que en un sitio era menester obligar al enemigo á rendirse en todas partes. Dicho lo cual, mandó á los artilleros de las baterías del Marqués Sfondrato, donde se hallaba, que continuasen tirando, y á los soldados que prosiguieran sus ataques.

Con esto obligó el Barón á los esguízaros y franceses que estaban en su opósito á hacer llamada también en su cuartel, respondiendo á ella que se remitía á las condiciones que S. A. mandaba guardarles.

Insistió el Gobernador Du Plessis en su demanda, manifestando que sus soldados preferían defenderse hasta la muerte á rendirse prisioneros de guerra; y el Archiduque le mandó contestar que habiendo los Generales franceses impuesto esta misma ley á los soldados de S. M. en el sitio de Mardik, era justo que en la presente ocasión se les aplicase también á ellos; así que era menester, ó que pasasen por ello, ó que se defendiesen. En su consecuencia, cada uno se retiró á su puesto, continuando los nuestros sus ataques y los sitiados su defensa.

Viéndose el Gobernador muy apretado, amenazó á los burgueses y eclesiásticos con saquearles sus casas y monasterios y poner fuego á la ciudad por sus cuatro lados si no obtenían del Archiduque más favorables condiciones. Aterrorizados ante tan tremenda amenaza, diputaron á S. A. dos padres jesuitas, dos capuchinos y tres magistrados para informarle de la imposición del Gobernador, suplicándole fuese servido moderar las capitulaciones usando con ellos de clemencia. El Archiduque envió por toda respuesta á decir al Gobernador por medio de estos diputados, en presencia del Duque de Amalfi, que se guardase bien de cumplir sus amenazas, porque si llegaba á quemar la ciudad, á él y á sus soldados los había de quemar vivos en las brasas del incendio. Enterado el Gobernador por los diputados de esta contestación, se sometió á la capitulación que se le concedía.

Rindióse, pues, á nuestras armas Armentieres (1) en 30 de mayo, después de veinte días de sitio, y en el siguiente 31, día de la Ascensión de Nuestro Señor, fué entregada en manos del

---

(1) «Relatione del sucesso del assedio di Armentieri facto d'al Sermo. Arciduca Leopoldo, gobernatore e Cap. Generale di S. M. in questi stati di Fiandra.» Fechada así: «Fato al campo a Armentieri il primo di Jugnio 1647.» (Está impresa.)—Archivo de Simancas. Consultas del Consejo de Estado de 9 y 13 de julio sobre cartas del Archiduque Leopoldo relativas á la recuperación de Comines y de Armentieres.



Marqués de Caracena, que se portó lo mismo que los demás Generales que habían mandado los ataques, con indecible valor, no apartándose de día ni de noche de sus trincheras; y diciendo algunos al Príncipe de Ligne que estaban asombrados de verle mandar en las trincheras, cosa que no tocaba á un General de caballería, les respondió que estaba ciego en la obediencia, y más cuando era en servicio de S. M.

Pasaban de dos mil los prisioneros de guerra con el Gobernador y cinco oficiales, quedando sólo libres los heridos y el bagaje, llevándose S. A. con esto el designio de facilitar sus ulteriores empresas, desmembrando al enemigo sus fuerzas y privándole así de este golpe de gente en ocasión que necesitaba tanto de ella para sus progresos.

El día 1.º de junio entró el Archiduque Leopoldo en la ciudad acompañado de todos los Generales y jefes de su ejército y de los caballeros de su corte. Salió á recibirle el magistrado principal, haciéndole reverencia, dándole gracias por haber libertado á sus conciudadanos de la servidumbre de los franceses y ofreciendo sus vidas y su sangre al servicio de su Rey y de S. A. Dirigióse éste á la iglesia parroquial á tributar gracias á Dios por la victoria que había dado á las armas de S. M.; cantóse en ella un *Te-Deum* con mucha solemnidad, y después fué á ver la ciudad, sus murallas y fortificaciones, dictando disposiciones para restaurar las brechas y ruinas, y para aplanar las trincheras y aprochas. Aquella tarde volvió al campamento y al siguiente día se fué á alojar á la ciudad.

En ella recibió al Marqués de Castel-Rodrigo, que vino á felicitarle por el buen suceso alcanzado, y lo mismo ejecutó en nombre del Duque de Lorena el Príncipe de Lixen. También vinieron á dar gracias á S. A. por la recuperación de Armentieres los diputados de los Estados y cuatro miembros de Flandes, y sabiendo la poca prevención con que había salido á campaña, le ofrecieron espontáneamente ayuda y asistencia de dinero, empeñando para hallarlo su crédito, obligando á este efecto por vía de fianzas sus personas y haciendas.

Permaneció el Archiduque algunos días en Armentieres, donde á instancia de los burgueses mandó detener preso á Mr. de Gombaut, intendente de policía y hacienda de Francia,

remitiendo su causa á D. Miguel de Luna y Arellano, superintendente de la justicia militar.

Ordenadas ya todas las cosas de la ciudad, celebró consejo con el Marqués de Castel-Rodrigo y con el secretario de Estado y Guerra Francisco de Galarreta sobre los negocios de Estado del país; y posteriormente celebró otro de Guerra con todos los Generales y cabos del ejército. Acordóse en él sitiar á Bethune, plaza de tal importancia sobre la ribera del Lys, que tomada ella, las demás de que los franceses estaban apoderados en aquella comarca quedaban cortadas y Courtray no podía menos de caer en poder de las armas de S. M.

CAPÍTULO III

Sale S. A. con su ejército de Armentieres después de haber dejado bien guarnecida esta plaza.—Concierto que el Archiduque había hecho con el Duque de Lorena sobre disposición y distribución de las tropas de éste.—Dirígese el ejército de S. M. contra Bethune.—Intentan los Mariscales Gassión y Rantzau oponerse.—Orden de batalla con que S. A. dispuso la marcha del ejército.—Llega éste á la vista de Bethune.—Posición del ejército francés.—Le refuerza el Marqués de Villeroy: órdenes que trae de la Reina de Francia.—El Archiduque trata de hacer mover al enemigo de sus posiciones.—Se dirige á Arras.—Ataca y toma de paso á Lens.—Los franceses tratan de apoderarse de Saint-Omer por sorpresa.—La vigilancia, pericia y valor del Marqués de Tresigni, Gobernador del Artois, desbarata todos sus planes y proyectos.—Brillante escaramuza que la guarnición y los burgueses sostienen con los franceses.—Desisten éstos de su intento y se retiran.

Resuelto el Archiduque, de acuerdo con su Consejo, á tomar á Bethune, dejó por Gobernador en Armentieres al maestre de campo Carlos Campi, con su tercio de italianos y el regimiento de alemanes del Barón de Wanghen; y en Comines al sargento mayor Van Erp con algunas compañías de valones del Conde de Reux; y después de bien provistas las dos plazas de todo lo necesario para su defensa, salió con el ejército de Armentieres encaminándose á Bethune.

Habían anteriormente dispuesto y ajustado el Archiduque y el Duque de Lorena que mientras las armas de S. M. estuviesen ocupadas en el sitio de Armentieres, quedaría la mitad de las tropas lorenesas de reserva para oponerse con este cuerpo de ejército á los intentos de las francesas que habían establecido su plaza de armas junto á Abbeville; pero toma-

da ya aquella ciudad, el de Lorena envió este cuerpo de ejército á incorporarse con el de S. M. y estar á la disposición de S. A., quedando la otra parte de su ejército en el país de Luxemburgo para contener al Vizconde de Turena.

Comprendiendo los Generales franceses Gassión y Rantzau el intento del Archiduque de sitiar á Bethune, como tan importante al servicio de S. M., se dirigieron á toda prisa á ponerse cerca de esta plaza con su ejército, dividido en dos cuerpos, uno á cargo de Gassion y otro al de Rantzau, tomando aquél por cuartel á Locon y éste á Gorge. Tuvo de ello aviso S. A. y determinó acometer al ejército francés en sus cuarteles y darle batalla. El mismo dictó las disposiciones convenientes al efecto, asistido del Duque de Amalfi y de los maestres de campo Generales Barón de Beck y Marqués de Caracena. Ordenó que el ejército en su marcha á Bethune caminase dividido en dos alas, llevando la derecha el Marqués de Caracena y la izquierda Beck; que las dos alas y la batalla estuviesen compuestas de batallones de infantería y escuadrones de caballería de diversas naciones, mezclados los unos con los otros, así españoles, italianos, valones y alemanes como loreneses; que el Marqués de Caracena se colocase al frente de los batallones de infantería del ala derecha y el Conde de Bucquoy al frente de sus escuadrones de caballería de la misma ala; el Barón de Beck al frente de los batallones de infantería del ala izquierda y el Príncipe de Ligne al frente de los escuadrones de la caballería de la misma; el Duque de Amalfi al frente de los batallones y escuadrones de la batalla. S. A. se situó en el centro, seguido de todos los caballeros de su corte: el Príncipe de Darmstat mándaba los escuadrones de su caballería imperial, y el Príncipe de Chimay los de la caballería alemana.

En esta disposición llegó nuestro ejército hasta muy cerca de Bethune, alojándose S. A. con él á campo raso, en sitio muy á propósito para dar batalla y provocando á los enemigos á pelear. Pero los Generales franceses advertidos de esta marcha del ejército de S. M. hacia ellos en orden tan correcto, dejaron sus cuarteles de Locon y Gorge y se retiraron á un puesto ventajoso entre las dos riberas muy cerca de Bethune,

teniendo delante una de ellas y á sus espaldas una colina y la ciudad. Allí les trajo el Marqués de Villeroy, ayo del Rey de Francia, un socorro de 3.000 hombres, consistente en dos regimientos formados á toda prisa cuando en Francia se supo la salida del Archiduque á campaña y el sitio puesto á Armentieres, y al mismo tiempo dió orden á los mencionados Generales, de parte de la Reina, de procurar conservar Bethune y Arras, de disputar á S. A. el paso de los ríos entre que se hallaban, si les venía á acometer, y últimamente, de retirarse si no se lo podían estorbar. Cumplida su doble misión, el de Villeroy se volvió á Compiegne, donde había dejado á la Reina, á darla cuenta de las resoluciones y designios del Archiduque y del estado en que se encontraba el ejército francés.

Viendo S. A. al enemigo resuelto á permanecer en su ventajoso puesto, hizo cambiar á su ejército de posición al rayar el día. Antes de salir el sol montó á caballo y mandó que en el mismo orden de batalla caminase derechamente hacia Arras con objeto de observar si esta marcha hacía mover de aquella posición á los Generales franceses; pero nada consiguió, porque éstos, conociendo que el objetivo de S. A. era Bethune y teniendo orden de su Reina de defenderla, se mantuvieron firmes.

Resolvió entonces el Archiduque acometer á su paso la ciudad de Lens; mandó tomar las posiciones convenientes á este fin y fué en persona con el Duque de Amalfi y otros Generales á reconocerla. Repartió el sitio en dos ataques, dando el cargo de uno al Barón de Beck y el del otro al Marqués de Caracena, ordenándoles acometiesen la plaza sin fortificarse ni abrir trinchera. Inmediatamente comenzó Beck su ataque hacia la media luna que había á un lado de la puerta de Arras, y Caracena ejecutó lo mismo hacia la otra media luna del lado opuesto. Antes había enviado S. A. un trompeta al Gobernador diciéndole que si se rendía, daría buen cuartel á él y á sus soldados; pero habiendo contestado á cañonazos y mosquetazos, mandó á los antedichos maestres de campo, Generales Beck y Caracena, que diesen ataque y asalto general á media noche, comenzando la escaramuza, para que S. A. la viese, antes de ponerse el sol.

A cuerpo descubierto atacaron los soldados españoles del Marqués de Caracena en presencia de S. A. la estrada encubierta de su media luna; arrancaron valerosamente las palizadas, y con mosquetazos, granadas y fuegos artificiales abrieron brecha y entraron en ella. Simultáneamente los alemanes y valones del Barón de Beck, también á cuerpo descubierto, atacaron la otra estrada encubierta, arrancaron con singular denuedo las palizadas, saltaron en la media luna y se apoderaron de ella. El coronel Alemani fué el primero que entró con la espada en la mano, siguiéndole el Conde de la Motteria, asistido de su sargento mayor Du Terne, el capitán Altuna y el regimiento del Conde de Ritberghe. Con tal brío persiguieron á los enemigos, que muchos de éstos pensando salvar mejor sus vidas, se echaron de la muralla y se ahogaron en el foso.

Así Caracena como Beck, viendo que sus soldados se habían apoderado con tanto valor de sus respectivas medias lunas, el primero pidió hachas para romper la puerta de la ciudad, y ambos mandaron á sus capitanes y soldados intentasen escalar la muralla interior. Admirado entonces el Gobernador de la plaza de la bravura de nuestros soldados, tocó llamada para parlamentar, y comunicada esta señal á S. A. por Beck y Caracena, les ordenó que no concediesen á los sitiados otros pactos que rendirse á discreción, como así se verificó, porque no viendo otro remedio se entregaron prisioneros de guerra, y así S. A. se apoderó de Lens en veinticuatro horas.

Mientras acometía el Archiduque esta plaza, creyendo los Mariscales Gassión y Rantzau que nuestro ejército se detendría en el sitio cuando menos siete ú ocho días, intentaron apoderarse de Saint-Omer, antes que el ejército de S. M. pudiese llegar á socorrerla. Con semejante esperanza acordaron los Generales franceses tomar las siguientes disposiciones: Rantzau debía sacar del ejército dos mil hombres y marchar con ellos á toda prisa por el camino de Flandes para ocupar el puesto de Clemares. El Marqués de Villequiere debía asimismo ocupar el puesto de Bach, pasar el río y hacerse dueño del dique que va de este último punto á Hautpont, alojarse en esta población y atacar la ciudad por aquella parte. El

Marqués de La Ferté con sus tropas llegadas de la Lorena, debía marchar por el camino de Artois á ocupar el puesto de la colina de Blendeque. El Conde de Grancey, Gobernador de Gravelines, y el Barón de Clanleu, á la sazón Gobernador de Bergas, con las guarniciones de Dunkerque, Bourbourg, Gravelines y Berghen debían venir por el camino del canal de Watten, con buen número de barcas cargadas de soldados y municiones á ocupar la boca del río que va de Bach á Hautpont, y por último, todos debían hallarse en sus respectivos puestos á media noche entre el sábado y domingo del 16 al 17 de junio.

Todos cumplieron con exactitud las órdenes recibidas, excepto el Marqués de La Ferté, á quien una lluvia torrencial que cayó á las cuatro de la tarde, impidió proseguir su marcha, viéndose obligado á hacer alto en Therouanne, no pudiendo llegar al puesto que tenía designado hasta el día siguiente por la mañana. Mas advertido por su mucha vigilancia de todas estas marchas el Marqués de Tresigni, Gobernador y Capitán general de la provincia de Artois, y recelando que iban dirigidas á la ciudad de Saint-Omer, avisó prestamente de todo á S. A. pidiéndole socorro, y después al Vizconde de Liere, Gobernador de aquella plaza, al Barón de Brouck, maestre de campo del tercio de valones que en ella estaba de presidio, y al magistrado de la ciudad; mandó á sus soldados estar sobre las armas y lo mismo dispuso el magistrado á sus burgueses, disponiéndose todos á la defensa. El Marqués montó luego á caballo y fué á visitar los puestos de defensa, doblando las guardias y especialmente en Hautpont. Allí supo que Rantzau y Villequiere habían llegado ya con sus tropas cerca de Bach; dirigióse al dique que hay entre Bach y Hautpont y á la cortadura del río donde había mandado hacer una trinchera para su defensa, y en ella metió sesenta soldados con un buen oficial dándole orden de reventarla y morir todos en su puesto antes de desampararle ó dejar á los enemigos que la traspusiesen. Al maestre de campo Barón de Brouck, ordenó que con cinco compañías de su tercio defendiese el dique y Hautpont, puestos los más importantes. Pasó después á otros, mandando asimismo á los cabos

y soldados los defendiesen con tesón, animándolos con su palabra y colocando piezas de artillería donde más se necesitaban. Hecho lo cual, volvió á la ciudad, viendo con satisfacción que el magistrado, en cumplimiento de sus órdenes, había ya prevenido á todos los burgueses estuviesen en armas para defender las murallas interiores, mientras los soldados defendían los puestos exteriores. Hasta el Obispo y el Abad de Choc·ques, animados ambos del bien y servicio de S. M., exhortaron á los canónigos y religiosos para que acudiesen á las murallas y ayudasen á defender sus iglesias y monasterios. Finalmente, el Marqués Gobernador ordenó que á la primera arma todos se hallasen en la muralla en el sitio que les tenía designado.

Mientras todos se preparaban de esta suerte á la defensa, presentóse á media noche el Marqués de Villequiere en Bach con infantería y caballería con intención de pasar el río sin encontrar la menor resistencia; pero cuál no sería su asombro al oir las primeras salvas de mosquetazos que le dispararon los sesenta soldados allí atrincherados. Oír estas salvas y darse el arma tanto dentro como fuera de la ciudad, soldados, burgueses y religiosos, fué obra de un momento. Súbitamente corrieron todos á sus puestos, y el Marqués á Hautpont, donde halló á los franceses que habían hecho alto, sin poder pasar el río por la vigorosa resistencia que los sesenta soldados les hacían, y la que con tanto valor como habilidad mantenía el Barón de Brouck en el dique y en Hautpont.

Al mismo tiempo aparecieron muchas barcas con soldados, que viniendo por el país anegado, se dirigían hacia el puerto de los cuatro molinos, para desembarcar en él. Avisaron los centinelas allí apostados al Barón de Brouck, que estaba en el dique, y el Barón al Marqués, que ya de antemano había guarnecido aquel puesto con buen golpe de soldados, y éstos los saludaron á mosquetazos. Doblóse allí el arma, y el Marqués los reforzó con la compañía del capitán Artiaga, acudiendo también á la defensa muchos burgueses de los más valientes, con que la escaramuza se generalizó y enardeció. El resultado de ella fué que, merced al esfuerzo y actividad del Gobernador, que seguido de los capitanes Lahau y Duval

volaba de uno á otro puesto, y á la bravura de Brouck y de sus soldados, después de dos horas de combate, ni las barcas pudieron adelantarse y verificar el proyectado desembarco, ni Villequiere pudo pasar la cortadura y el río, manteniéndose firmes en sus posiciones los soldados de S. M.

En esto comenzaba á amanecer, y con los primeros albores del día, se pudo distinguir fácilmente hacia la colina de Blendeque al Marqués de La Ferté con sus tropas, el cual viendo que había trascurrido la hora convenida, y que sus compañeros de armas nada habían podido adelantar de la otra parte de la ciudad, no se atrevió á pasar más adelante ni á intentar ataque alguno por aquel lado. En la misma actitud espectante permaneció el Conde de Grancey, que mandaba las guarniciones de Dunkerque y de otras plazas. De todo dieron aviso estos Generales franceses al Mariscal Rantzau y á Villequiere, explicando La Ferté la causa de su tardanza en llegar al puesto convenido. Así se mantuvieron hasta después del mediodía, pasando luego La Ferté el Neufosse y yéndose á juntar con los otros dos Generales.

El Marqués de Villequiere, que aguardaba en Clemares la noticia del suceso que tendrían las barcas, al saber que no habían podido pasar ni desembarcar los soldados que llevaban y que en la escaramuza se había perdido mucha gente, mandó á todos que se retirasen. La misma orden dió Rantzau á los que habían intentado pasar por el río á Bach, y apoderarse de Hautpont y del reducto que lo defendía. Todas las tropas francesas se retiraron y volvieron por el mismo camino que habían venido á las posiciones que antes tenían, habiendo perdido en las escaramuzas mucha gente y sobre todo cinco capitanes.

Luego mandó el Marqués de Tresigni aviso de hallarse Saint Omer libre de franceses á S. A., que ya había expugnado á Lens, refiriéndole los valerosos actos realizados para rechazar al enemigo, así por la guarnición como por los burgueses.

CAPÍTULO IV

El Archiduque Leopoldo dirige su ejército hacia Arras para sitiar á Bethune.—Muévense los franceses de su posición, y toman otra ventajosísima entre Arras y Bethune.—Movimientos y maniobras del ejército de S. M. para sacarles de ella.—Resuelve S. A. sitiar á Landrecies.—Fíjanse las líneas de defensa.—Viene á situarse muy próximo á esta ciudad el ejército francés. —Trata éste de socorrer á Landrecies.—Tiene que retirarse.—Estrechan los sitiadores el cerco.—Salida de los sitiados.—La procesión del santísimo Sacramento en Bruselas.—Promete asistir á ella el Archiduque.—Acude con este motivo mucha gente á Bruselas.—La llegada del Duque de Lorena al campamento priva á S. A. de asistir á la procesión.—Pompas y festejos preparados para esta solemnidad y recepción de S. A.—Descripción del arco triunfal.—Prosigue con vigor el sitio de Landrecies.—El ejército francés se divide en dos.—Dirígese Rantzau á Flandes, y Gassión sitia de improviso á la Bassée.—Providencias que toma el Archiduque.—Tentativas de socorro á la Bassée.—Ríndese Landrecies.—Marcha con toda diligencia S. A. á socorrer aquella plaza.

Ganadas las ciudades de Comines, Armentieres y Lens, y obligados los franceses á retirarse de la vista de Saint-Omer, el Archiduque Leopoldo, después de haber provisto á Lens de buena guarnición, de un excelente comandante como lo era el teniente coronel Bascourt y de las municiones necesarias, teniendo aviso de que los franceses querían hacer pasar un gran convoy á Bethune, mandó mover el ejército de Lens haciendo el primer día una marcha extraordinaria en dirección al camino que hay entre Arras y Bethune con objeto de batirlo y apoderarse de él. Mas no habiendo salido de Arras el convoy, resolvió S. A. volver otra vez hacia esta ciudad, y caminando todo el día con su acostumbrado orden de batalla,

llegó por la noche á Saint-Lievin, pueblo distante dos horas de Arras. Con esta marcha obligó á cambiar de posición al enemigo, que tomó otra asimismo ventajosa entre Arras y Bethune, cubriendo á una y á otra plaza, y siguiéndole tan de cerca S. A., que sólo una colina había entre los dos ejércitos.

Dejóse ver entonces por ella con alguna caballería Gassión con objeto de reconocer la disposición del ejército de S. M. que se mantenía siempre en el mismo orden de batalla, y conociendo bien á las claras la intención del Archiduque, que no era otra que la de pelear, se retiró al abrigo de su ejército, viendo que S. A. había mandado salir á la deshilada algunos gruesos de caballería, que á paso de carga le venían á atacar.

Alojóse el Archiduque con su ejército en Beuvry, desde donde podía ver el campamento francés, y habiendo ido á reconocerle, fué tanto lo que se aproximó á Bethune, que disparándole los de la ciudad algunos cañonazos, le pasó una bala por encima de la cabeza; por lo que nuevamente le rogaron sus Generales que no se aventurase y arriesgase de aquel modo. Dos días permaneció el Archiduque en Beuvry esperando la resolución del enemigo y pensando si se quedaría en su puesto ocupando aquel lado de la ciudad, ó si sería conveniente batirle. Al cabo de los cuales, teniendo en cuenta que al ejército francés le resguardaban su frente un río, y sus espaldas una colina y la ciudad; que era de precisión pasar el río antes de venir con él á las manos; que era contra toda regla de guerra sitiar una ciudad en tales condiciones; que sus tropas estaban muy fatigadas con tantas marchas, y que difícilmente podría proveerlas de víveres en aquellas circunstancias, ordenó salir el ejército de S. M. de Beuvry, como lo verificó el 22 de junio. Trató por tanto de acercarse á Douay para gozar de la comodidad de los víveres, y aquella noche se fué á alojar á Vitry, legua y media de Douay, donde supo que todavía el ejército francés seguía acampado cerca de Bethune, y que Gassión había venido á reconocer el terreno donde había estado alojado el ejército de S. M., calculando que se compondría de unos diez y ocho mil hombres.

A fin de que el ejército descanse un día y con objeto de

proveerle de todo lo necesario, permaneció S. A. el 23 de junio alojado en Vitry con sus tropas y las del Duque de Lorena, acampadas éstas en derredor de la población; hasta que viendo que no había medio de sacar al ejército francés de su posición junto á Bethune para poder sitiar esta ciudad, y sabiendo cuán importante era la posesión de la de Landrecies atendiendo á las reiteradas instancias que á S. A. hacía el Conde de Bucquoy manifestándole que esta plaza hacía pagar contribución á toda la provincia de Hainaut, á más de cien mil ducados anuales con que contribuía á satisfacer las guarniciones de las plazas fronterizas, y como quiera que el Conde de Garcies, Gobernador y Capitán General de Cambray y Cambresis avisase también á S. A. que en Landrecies no había más que quinientos hombres de guarnición, después de celebrado consejo de guerra con los Generales, se resolvió á sorprender al enemigo por aquella parte y á sitiar la referida ciudad.

Hizo para desorientarle muchas engañosas marchas, y particularmente hacia Arras, simulando querer sitiarla, y súbitamente con gran diligencia se dirigió á Landrecies, enviando delante al Conde de Bucquoy, Gobernador que era de aquella provincia, para prevenir los víveres y reclutar algunos miles de aldeanos que trabajasen en las líneas. El mismo día 25 llegó el Archiduque á Bouchain, y al siguiente á Briart, donde mandó al Príncipe de Ligne, General de la caballería, que destacase mil quinientos caballos á cargo de su Teniente General D. Francisco Pardo, entre Arras y Cambray, para impedir al enemigo meter socorro en Landrecies. Cumpliendo Pardo esta orden, se encontró en su marcha con doscientos caballos de la guarnición de Arras que venían á reconocer la dirección del ejército de S. M. y los cargó de tal suerte, que completamente los deshizo, cogiendo muchos prisioneros, con los que volvió al ejército.

Adelantóse S. A. al otro día, 26 de junio, hasta Chatillón, y pasando allí el río por el puente que había dispuesto el General de la artillería Marqués Sfondrato, caminó en vistosa orden de batalla hasta llegar el 28 de junio, después de mediodía, á vista de Landrecies. Dió principio seguidamente el

Marqués á armar el puente que se echó sobre el río Sambre, y mediante el empleo de cincuenta mil faginas, quedó en disposición de que pasase un día después por él una ala del ejército á la opuesta ribera, hacia Valenciennes y Quenoy, donde tomaron posición el de Sfondrato y las tropas del Duque de Lorena.

Detenidamente reconoció el Archiduque, acompañado de los Maestres de campo Generales y escoltado por cuatro compañías de caballos y las dos de sus guardias, la situación de la ciudad y sus fortificaciones. Salieron los de la plaza á escaramuzar, y habiéndose temerariamente adelantado más que los otros, fueron heridos D. Diego Salinas, de un cañonazo en una pierna, hallándose junto al Duque de Amalfi; de un mosquetazo en un brazo el Conde de Estaires y de otro D. Patricio Moledi, ayuda de cámara de S. A. Los enemigos fueron rechazados hasta dentro de sus muros á presencia del Archiduque.

Creían todos que la corte fijaría su cuartel en la abadía de Marolles, pero S. A. quiso alojarse á campo raso en la vanguardia del ejército. A las cuatro de la mañana del siguiente día, sábado, festividad de San Pedro, montó á caballo S. A. y fué nuevamente con el Duque de Amalfi, los Maestres de campo y los Generales de artillería á reconocer el terreno alrededor de la plaza para ordenar las líneas de los cuarteles y las aprochas, aproximándose tanto á la ciudad, que un cañonazo mató el caballo que montaba el Marqués de Pallavicini, que se hallaba á muy corta distancia del Archiduque, sin que por eso dejase éste de reconocer todo muy bien, sin dársele nada del grave peligro que corría. Él mismo ordenó después los cuarteles, tomando el suyo frente á su ejército sobre el camino de Chatillón, punto por donde había de venir el enemigo si intentaba socorrer la plaza. Allí también asentó su cuartel el Duque de Amalfi.

Mandó al Marqués de Caracena que estableciese su cuartel más arriba del Sambre; al Conde de Bucquoy con su caballería entre el cuartel de la Corte y el del dicho Marqués; al Barón de Beck al otro lado de la ciudad junto al casar Faure; al Príncipe de Ligne con su caballería á la parte de Oriente, y al Marqués Sfondrato, cuartel de la artillería en la ribera del

Sambre con un puente que comunicaba el cuartel de S. A. con el de Caracena.

El mismo sábado dispuso el Archiduque que se comenzase á trabajar en la línea de circunvalación, á cuya obra ayudaron cinco mil aldeanos traídos por el Conde de Bucquoy de la provincia de Hainaut. Domingo y lunes se prosiguió en la misma faena, trabajando así soldados como aldeanos con tal actividad, que en muchas partes, especialmente en el cuartel de Beck, quedó la línea en estado de defensa.

En esto recibió aviso S. A. el mismo lunes de que el ejército francés se había alojado en Chatelet, tres leguas de Cambray, y que caminaba por Cateau-Cambresis, dejando atrás su bagaje. Ya estaba el martes, 3 de julio, casi acababa toda la línea de circunvalación, habiendo empleado en esta fatigosa obra dos días y medio, cuando llegó á Chatillón, á una legua del cuartel de S. A., todo el ejército francés, con intento de pasar el río y socorrer la ciudad. Apenas tuvo de ello noticia el Archiduque por los batidores de estrada, comenzó á deliberar con sus Generales si se había de ir con todo el ejército á impedir al enemigo el paso del río, ó si sólo se había de enviar para este efecto parte del ejército. Y considerando que si todo el ejército marchaba sobre el enemigo, desamparando los cuarteles, podía éste meter gente y socorrer la plaza, y si se enviaba parte del ejército podía sucederle algún desaire, acordóse permanecer en las líneas, hacer en ellas defensa y procurar ganar á Landrecies, que era el principal intento.

No tardó en presentarse el enemigo en orden de batalla, marchando derecho hacia el cuartel de S. A. y punta de la línea, que era cuartel de los españoles. Colocóse inmediatamente el Archiduque acompañado del Duque de Amalfi y otros caballeros de su corte á la cabeza de ella, por donde se creía que acometerían los franceses, y el Marqués de Caracena dispuso al instante para el combate sus batallones de españoles. Los Generales de caballería ordenaron la de S. M. y la del Duque de Lorena, y el Barón de Beck y el Marqués Sfondrato quedaron encargados de la defensa de los otros cuarteles y líneas.

Ardían los jefes y soldados en deseos de venir á las manos

con el enemigo, no sólo por el entusiasmo que les producía la animosa presencia de S. A. y estar asimismo á su frente el Duque de Amalfi, como por la seguridad que tenían de alcanzar la victoria. Pero los Mariscales franceses Gassión y Rantzau, viendo la resolución de S. A., que les aguardaba á pie firme, y la hábil y estratégica disposición de nuestro ejército, hicieron alto en un valle. Entonces mandó el Archiduque tirar sobre ellos muchos cañonazos, á que respondieron con otros tantos, y que saliesen algunas tropas á escaramuzar, sin que consiguiesen los nuestros que avanzasen un solo paso, manteniéndose cubiertos en dicho valle.

Pasóse el resto del día en disparar artillería de una y otra parte y en escaramuzar tibiamente, hasta que cerca de las nueve de la noche comenzó el enemigo á tirar furiosamente de tres baterías, compuestas cada una de cuatro piezas, sobre nuestra línea y escuadrones, de tal suerte, que los fuegos se cruzaban y los proyectiles venían á caer justamente donde S. A. estaba. Su serenidad en medio de aquel diluvio de fuego y su alegría entre los soldados contrastaba con el gran peligro que su vida corría, «como si el chiflar de las balas fuese alguna armonía ó música.» Era sin duda el intento del enemigo distraer á los nuestros para introducir socorro en la plaza, teniendo al efecto preparados mil soldados por una parte y seiscientos por otra, así esguízaros como franceses, para entrar en la ciudad, guiados por un cura de una aldea inmediata. La vigilancia exquisita del Príncipe de Ligne desbarató su propósito, porque atacadas aquellas fuerzas por la caballería del Príncipe y del Duque de Lorena, fueron las unas degolladas, hechas prisioneras las otras, y las restantes se salvaron fugitivas en un bosque cercano, sin que un solo soldado entrase en la plaza.

Sospechaban los más de los nuestros que aquel nutrido fuego de artillería era el preludio del ataque que preparaban contra las líneas al amanecer del siguiente día; pero cuál no fué su sorpresa al notar que á media noche y al horrísono estruendo de los cañonazos, comenzaban los franceses á retirarse con el mayor silencio hacia Chatillón, donde tenían sus puentes, repasando luego el río con gran prisa.

Advertido S. A. de aquella retirada, mandó que les fuese al alcance la caballería, y el Duque de Amalfi y los Generales de ella volaron á picarles la retaguardia. No pudieron, sin embargo, satisfacer su deseo, porque el enemigo tenía á un lado de sus puentes mucha infantería defendida por bosquecillos, y al otro lado el terreno era todo pantanoso, de modo que en ninguno de los dos podía maniobrar la caballería. Y considerando que si les acometían con una buena parte del ejército de S. M. podían ellos atacar y apoderarse de alguno de nuestros cuarteles y socorrer la plaza, con que se perdía toda esperanza de ganar á Landrecies, decidióse mantener los cuarteles y la línea y emplear todo el mayor esfuerzo en continuar el sitio. Con esto los enemigos pasaron el río y se retiraron haciendo plaza de armas al otro lado del bosque de Mormal y alto durante todo aquel día.

Aumentóse por tanto la sospecha de que los enemigos intentarían acometer ó por el camino del bosque ó por otra parte alguno de nuestros cuarteles, por cuya razón mandó S. A. que permaneciese el ejército sobre las armas y en el mismo orden que tenía. Además dispuso que no habiendo líneas de defensa por el lado del bosque, fuese hacia él el Príncipe de Ligne con su caballería y la de Lorena, que asimismo estaba á su cargo, y con alguna infantería para hacer allí frente al enemigo y oponerse á su paso. En veinticuatro horas fortificó el Príncipe su línea poniéndola en buen estado de defensa y la mantuvo como le estaba ordenado.

Mientras los Maestres de campo, Generales Beck y Caracena, esperaban que el enemigo viniese á atacar sus cuarteles, el de Amalfi no descansaba un momento reconociendo todos sus movimientos y disponiendo convenientemente la gente para hacer una buena defensa si volviese á hacer otra prueba de ataque.

Al fin los franceses, desesperados de la excelente disposición y vigilancia suma en que estaban todos los cuarteles del ejército de S. M. y conociendo la firme resolución del Archiduque de aguardarlos á pie firme provocándolos continuamente á pelear, perdieron toda esperanza de poder socorrer la plaza sitiada, y se retiraron hacia Guisa, acampando entre esta población y Cateau-Cambresis.

Libre ya nuestro ejército del cuidado del enemigo campal y acabadas las líneas al tercer día de sitio, mandó el Archiduque á los Maestres de campo generales que comenzasen á abrir trincheras, hacer las aprochas y plantar sus baterías, disponiendo al efecto dos ataques, el uno á cargo del Marqués de Caracena con los españoles, y el otro á cargo del Barón de Beck con los alemanes y valones. En cumplimiento de esta orden se adelantó el de Caracena con dos ramales de trinchera hacia la contraescarpa de Hornawec, próxima á la puerta del molino, asistido en el ataque por el Teniente general de la artillería Brunetti, haciendo oficio de Teniente general y de ingeniero. Igualmente el Barón de Beck avanzó con otros dos ramales de trinchera hacia la media luna.

Aquel día entró de guardia en las trincheras del ataque del Marqués de Caracena el Maestre de campo D. Gabriel de Toledo con su tercio de españoles, y en las del ataque del Barón de Beck, el Maestre de campo Juan de Liponti con su tercio de italianos, y con el de valones, el Conde de la Motteria. Relevaron á estos tercios y regimientos en la tarde del domingo 7 de julio, el tercio de españoles de Bernabé de Vargas, el del Marqués de Bentivoglio de italianos, y el regimiento del coronel Alemani de alemanes.

Proseguían estas fuerzas sus ataques con tal vigor y bravura, que se esperaba que pronto se llegaría al pie de la contraescarpa, cuando los sitiados hicieron el lunes 8 de julio una salida con infantería y caballería hacia las trincheras de los españoles, en ocasión que algunos de éstos se hallaban bajo el influjo de Baco. Asaltáronlas repentinamente, y algunos soldados nuestros de caballería que estaban de guardia fuera de la trinchera, huyeron; pero rehaciéndose luego y cobrando ánimo, hicieron cara, al mismo tiempo que la infantería española saliendo de sus trincheras les acometió con tanto valor, que los rechazaron y persiguieron hasta sus mismas fortificaciones. En esta refriega, corriendo al arma y estando en medio del combate dieron al Marqués de Caracena un mosquetazo en el costado izquierdo, pero tan favorable, que sólo le quemó el vestido y los papeles que en el bolsillo llevaba, sin dejar un momento de asistir á la defensa de sus líneas.

También á S. A. yendo poco después á recorrer las trincheras y ataques y acercándose extremadamente á la ciudad, le dió una bala de artillería en el cuero de las botas, cayendo á los pies del Conde de Isemburgo, que estaba inmediato á él.

Muy de mañana volvió al día siguiente á visitar las trincheras y ataques, mandando que excepto el Duque de Amalfi y el Conde de Swartsemberg, ninguno le siguiese, á fin de no llamar tanto la atención del enemigo. Aquel día, que fué 9 de julio, entró de guardia en las trincheras y ataques de los españoles el Maestre de campo D. Gaspar Bonifacio, el 10 le relevó el de igual graduación D. Francisco Deza, y á éste el 11 D. Baltasar Mercader.

El 12 los españoles ganaron la palizada de la contraescarpa y empezaron á desembocar en el foso, así como también por su parte los valones y alemanes, previniéndose ya con galerías y fajinadas para pasarlo.

Continuaba en tanto el ejército francés acampado junto á Cateau-Cambresis á distancia de dos leguas y media de las líneas nuestras de defensa que estaban á la parte del bosque de Mormal, por cuyo lado amenazaban hacer otra prueba de socorrer la ciudad; pero S. A. confiaba tanto en la pericia y vigilancia del Príncipe de Ligne, y en el valor de las tropas de S. M. y del Duque de Lorena que defendían aquel puesto, que no haciendo caso para nada de semejantes amenazas, mandó continuar las aprochas y ataques, como si no tuviese ejército enemigo á su lado.

Entró de guardia en las trincheras el día 14 de julio D. Fernando Solís con su tercio, y el Marqués de Diene con el suyo de borgoñones, esperando que á la noche harían notables progresos.

Celebrábase el 15 de julio en Bruselas la procesión del Santísimo Sacramento del Milagro y había prometido el Archiduque asistir á ella, según devoción acostumbrada de los Príncipes de la Casa de Austria; pero la llegada del Duque de Lorena al campamento para tratar con S. A. asuntos del mayor interés para el servicio de S. M., le impidió cumplir su promesa. Ya desde el amanecer de aquel día se habían marchado muchos caballeros con el mismo piadoso propósito,

creyendo que S. A. partiría al medio día, y que con buenos caballos de relevo llegaría á Bruselas por la tarde; pero engañáronse todos, y diez mil personas más que acudieron de Amberes, Malinas, Lovaina y otras partes para asistir á la procesión y ver al Archiduque.

Los ciudadanos de Bruselas habían engalanado las calles por donde había de pasar la procesión con muchos arcos, adornos y ramajes. Los jesuitas, por delante de cuyo colegio había de pasar la procesión, habían levantado una imagen simbólica de la Eucaristía, protectora de los Príncipes austriacos, á la que otras divinidades ofrecían sus dones y oblaciones. A la entrada de la calle, había un arco triunfal sostenido por cuatro columnas que contenían las victorias bélgicas del Archiduque; y así en la una se leía: *Armenteria expugnata*; en la segunda *Cominia capta*; en la tercera *Lens devicta*, y en la cuarta *Novæ spes próxima palmæ*, queriendo significar que presto seguiría la expugnación de Landrecies. Al pie de este arco había dos leones sustentando dos águilas con corona archiducal, que amparaban á los primeros; en lo más alto del arco se ostentaba la figura de la Eucaristía sostenida por dos ángeles que la adoraban, con las armas y banderas austriacas en su derredor, y finalmente debajo la divisa de S. A. *In timore Domini.*

Mientras se solemnizaban con estas pompas y otros festejos en Bruselas la procesión del Santísimo Sacramento del Milagro y la imaginaria presencia del Archiduque, se proseguían en torno de Landrecies las aprochas y ataques con singular empeño y no poca costa de sangre. Eran tan grandes la generosidad y benignidad de S. A., que siempre que en alguna trinchera ó escaramuza veía caer herido algún capitán, oficial ó soldado, ó presenciaba algún acto notable de valor, los recompensaba con tres ó cuatro doblas, sacadas, no del dinero del ejército, sino de su bolsillo particular, satisfaciéndolo el Conde de Swartsemberg, su gran chambelán, y habiéndose gastado así muchos miles de escudos.

El ejército francés, después de haber estado acampado unos días en Cateau Cambresis y perdida toda esperanza de socorrer á Landrecies, se dividió en dos partes, quedando la mayor

parte de él en el sitio que ocupaba á las órdenes de Gassión, y marchando la otra mandada por Rantzau hácia Flandes para distraer allí á los nuestros. En su consecuencia ordenó S. A. al Duque de Amalfi que enviase infantería y caballería en número suficiente para seguir á Rantzau y reforzar las guarniciones de las plazas que este Mariscal pudiese intentar acometer, dando el mando de estas fuerzas al General de artillería D. Esteban de Gamarra, que había de unir á ellas el tercio de valones del Maestre de campo Maugre, de guarnición en Ypre, y las compañías libres de las guarniciones de las plazas de la frontera holandesa, encargándole que procurase estar antes que el enemigo en la plaza que éste intentase acometer, haciendo punta para socorrerla y asegurarla.

Salió del campamento con sus tropas Gamarra, dirigiéndose á Flandes, y como todos los avisos coincidían en afirmar que Rantzau iba á sitiar á Dixmunda, á ella encaminó su marcha sin otra mira que socorrerla.

En tanto Gassión se movió de improviso de Cateau-Cambresis y se fué á sitiar á la Bassée, marchando con tal diligencia y tan á la sordina, que pasando á las diez de la mañana Gamarra por Espinoy, á las cuatro de la tarde ya había Gassión sitiado la plaza, tomado las posiciones y guarnecídolas con tantas tropas de caballería é infantería, que cuando quiso Gamarra hacer entrar en la plaza trescientos ó cuatrocientos ingleses, le fué imposible conseguirlo, quedando prisioneros los que iban de vanguardia.

Apenas supo el Archiduque este movimiento de Gassión hacia la Bassée y que Gamarra no había podido meter gente en ella, porque su principal objetivo era seguir las marchas de Rantzau y prevenir la ciudad que intentase atacar, dió orden al Príncipe de Ligne de caminar allá con parte de su caballería y alguna infantería, y de procurar socorrer aquella plaza sitiada.

Caminó dicho Príncipe con su celo y resolución acostumbrados hasta media legua cerca de la Bassée, donde dispuso que cuatrocientos caballos tomasen á la grupa igual número de mosqueteros, y á toda costa y peligro dejasen á éstos en el sitio que les mostró, los cuales por el camino que los guías

que llevaban les indicarían debían procurar entrar en la plaza, quedando el Príncipe á una media legua de allí aguardando para sustentar y recoger la caballería que enviaba si era cargada por los enemigos. Pero las líneas estaban en tal estado de defensa, por haber hecho Gassión trabajar en ellas á los aldeanos de los lugares comarcanos y todos los pasajes y caminos guarnecidos con tanta infantería francesa, que no hubo medio de meter dentro los cuatrocientos mosqueteros, ni de socorrer de modo alguno la ciudad.

Conociendo entonces S. A. el peligro que corría la Bassée, por la poca gente que para defenderla tenía dentro, resolvió apretar el sitio de Landrecies, con objeto de acudir con todo el ejército en su auxilio; y por tanto mandó al Duque de Amalfi y á los Maestres de campo dispusiesen lo necesario para un asalto general. Ganadas ya las contraescarpas, habiendo desembocado en los fosos, echados los puentes y faginadas para pasarlos, preparadas las minas para hacer volar las murallas y en orden la infantería para dar el asalto general, hizo llamada el Gobernador de la plaza para parlamentar, concediéndole S. A. todas las condiciones que pedía para poder más prestamente acudir en auxilio de la Bassée. De sus resultas se rindió Landrecies el 18 de julio, saliendo cuatrocientos de los quinientos cincuenta soldados que constituían la guarnición desde el principio del sitio con armas, bagajes y dos piezas de artillería.

El Archiduque hizo su entrada en la ciudad, en cuya iglesia se cantó un solemne *Te-Deum* en acción de gracias por esta nueva victoria; recorrió las murallas, fortificaciones y almacén; nombró Gobernador de la plaza al Maestre de campo Barón de Crevecœur, con su tercio de valones y cinco compañías libres, y dejando allí al Conde de Bucquoy, Gobernador general de la provincia, para ordenar y disponer todo lo demás, aquel mismo día comenzó á caminar con gran diligencia á socorrer á la Bassée. Fué tal la que desplegó el Marqués de Caracena con sus tropas, que al día siguiente llegó á Audenarde, donde tomó parte del regimiento del Maestre de campo Stoppelar con algunas compañías libres de las vecinas guarniciones, y prosiguiendo su marcha con la misma actividad, llegó al otro

día á Brujas, donde también le aguardaba para incorporársele el regimiento de italianos de D. José Guasco con algunas compañías de irlandeses é ingleses, alegrándose en extremo la población de que hubiese llegado á tiempo de ampararlos.

Todavía, antes de montar á caballo el Archiduque para dirigirse á la Bassée, vinieron los Estados de la provincia de Hainaut á tributarle gracias por haber rechazado de su país á los franceses, librado á las aldeas de las fuertes sumas con que les contribuían y reducido Landrecies á la obediencia de S. M., entregando asimismo á S. A. la suma prometida para pagar el ejército (1).

---

(1) Acerca de la toma de Landrecies por nuestro ejército, y de Bassée por el francés, se hallan en el *Memorial histórico*, tomo XIX, las siguientes noticias, que difieren bastante de la relación atribuída á Vincart, sobre todo en lo relativo al General Juan de Werth:

«Si bueno fué el suceso de Armentieres, ha sido mucho mejor y de más importancia el que ahora ha tenido nuestro ejército en la toma de Landreci, de que llegó aviso cierto á S. M. por Francia y después por San Sebastián, con cartas del Sr. Archiduque Leopoldo; el cual, como se dijo, determinó ir con el grueso de su ejército hacia Arras, entrándose por la Picardía para ir ganando algunos lugarcillos y echarse sobre alguna plaza de consideración, inclinándose á Arras. Lo cual entendido por el francés y procurando juntar grueso de ejército con qué oponérsele, sacó gente de todos sus presidios, y principalmente del de Landreci, que tenía 2.600 hombres, no dejando allí más de 500; lo cual sabido por S. A., dió orden á Juan de Bert que con 4.000 caballos y 6.000 infantes de la retaguardia se pusiese de repente sobre esta plaza, procurándola tomar luego por asalto, respecto de ser imposible sitiarla, así por la dificultad de la empresa, como por no embarazarse la campaña en eso solo, prosiguiendo el Sr. Archiduque su intento para mejor divertir al enemigo é impedirle el socorro de Landreci; pero reconociendo el peligro, dejando la defensa de su país, donde la vanguardia de nuestro ejército campeaba, se encaminó á la defensa de Landreci, y Juan de Bert, habiéndolo sabido con tiempo, le salió á recibir; y luego que se vieron, los acometió con tanto ardor de los nuestros, y principalmente de un tercio de españoles, que les mataron más de 2.500 hombres, poniéndoles en huída afrentosa; con que, sin querer que los nuestros los siguiesen, Bert se volvió á Landreci y sin ninguna sangre la tomó, hallando dentro muchas riquezas y municiones. Ha sido empresa de grandísima importancia y se reputa esta plaza por la principal del país de Henaut, que la contribuían más de 860 lugares y es la llave de Francia, como Perpiñán lo es de Cataluña. Dicen que tenía mucha artillería, pero por falta de gente no se pudo poner en defensa. El Sr. Archiduque la presidió muy bien, y juntando sus tropas,

prosiguió su viaje, y dicen hoy que está sobre Arras... Al francés le envían 4.000 suecos, y habiendo sabido este suceso y el poder del Archiduque se volvieron, y á nuestro ejército le llega cada día más gente de Alemania, con que se espera mucho.» Basta la atenta lectura de este pasaje y su cotejo con el del texto para comprender la verdad de éste y lo equivocado é incierto de aquél.

También se advierte algún error en el siguiente párrafo de carta fechada á 20 de agosto de 1647, inserta en la pág. 81, tomo XIX del citado *Memorial histórico*, como puede verse cotejándolo con la narración del capítulo IV de esta *Historia:*

«De Flandes llegó correo el otro día á S. M. con el aviso de la toma de Landrecies, plaza de mucha importancia y país de grande contribución. Viendo el enemigo que no podía socorrer á Landrecies, se puso sobre la Basea y la tomó; esta plaza es razonablemente fuerte. Culpan al Gobernador, que le mandó el Archiduque metiese dentro 1.500 hombres y no lo hizo, con que se halló sin gente cuando el enemigo la fué á sitiar. Tiénelo preso y dice ha avisado á S. M. del suceso y causa de la prisión, y que á no ser español, ya hubiera hecho S. A. justicia; mas que atendiendo á que lo es, remite la causa á S. M. para que la haga.»

CAPÍTULO V

Rápida marcha del ejército de S. M. para socorrer la Bassée.—Ríndese ésta á los franceses antes de la llegada de S. A.—Trata de atacar al enemigo en sus líneas y recobrar la plaza.—Revista que con este objeto pasa el Archiduque á su ejército.—Fuerzas de que se componía.—Aproxímase á la Bassée.—Cañonéanse uno y otro ejército.—Peligro en que estuvo S. A.—Desiste de atacar al enemigo en vista de las posiciones que ocupa.—Divide su ejército para hacer frente á Gassión y á Rantzau.—El Marqués de Caracena marcha con parte de las tropas á oponerse á Rantzau en Flandes.—Refuerza S. A. el ejército con tropas de Lorena y otras de guarniciones.—Llega el de Caracena á Nieuport.—Escaramuza con los franceses y pérdidas considerables que éstos tuvieron.—Detiénese el Archiduque en Ferlinghem. Gassión sitia y ataca súbitamente á Lens.—Acude S. A. á su defensa.—Levanta Gassión precipitadamente el cerco.—Acampa S. A. en Loó.—Llegada á este punto del Duque de Lorena.—El ejército de S. M. llega á Enulín.—S. A. y el de Lorena reconocen la Bassée.—Combate de un puesto de guardia de caballería de Lorena con Gassión y su escolta en un reconocimiento.—Completa derrota de los franceses.—Escapa Gassión con gran peligro.—Dirígese S. A. con el ejército á Armentieres.

Animado el Archiduque Leopoldo de noble anhelo por socorrer la Bassée, prosiguió con suma celeridad su marcha con el ejército, caminando siempre á caballo, y llegó á Brea. Descansó breves momentos, y á la una de la noche continuó caminando, llegando al medio día á Bouchain. Supo allí con alegría que aún se defendía la plaza sitiada, y el Gobernador de aquella población le dijo que había oído por la mañana disparar artillería. Con tan buena nueva, resolvió S. A., de acuerdo con el Marqués de Castel-Rodrigo, el Duque de Amalfi y otros Generales, marchar derechamente sobre el ene-

migo y acometerle en sus líneas, dándole batalla si salía de ellas, socorriendo así la ciudad.

Siguió caminando con tal presteza, que aquella misma tarde llegó á Douay, adelantando siete leguas, y no pudiendo seguirle muchos soldados por cansancio y fatiga, se quedaban atrás; mientras que otros más fuertes y animosos se esforzaban con tal ardor y alegría en seguirle, que causaba maravilla verlos. Mas apenas llegó á Douay, firme en su anterior resolución, supo con la más profunda pena que la Bassée se acababa de rendir al enemigo por no tener suficiente guarnición para resistir el sitio, porque D. Esteban de Gamarra, á quien S. A. había enviado con una división del ejército á asegurar y proveer de gente la plaza que el enemigo intentase sitiar, creyendo que su misión se reducía solamente á vigilar á Rantzau, marchó con toda diligencia á oponerse á su propósito, que entendió era sitiar á Dixmunda, no ocupándose para nada de Gassión y no socorriendo oportunamente á la Bassée.

En alto grado contrarió al Archiduque y á toda su corte la toma de esta plaza, obligándole á hacer alto con todo el ejército en Douay, en cuya población se alojó con los Generales, acampando el ejército en los caseríos inmediatos y dando así tiempo á que los soldados rezagados pudiesen incorporarse á sus tercios y regimientos. Quedó por tanto contrapesada la satisfacción y alegría que en todo el país produjo la buena noticia de la toma de Landrecies con la pérdida de la Bassee, tanto más cuanto que por todas partes se llegó á creer, y con sobrado fundamento, que S. A. haría levantar al enemigo el sitio de tan importante ciudad.

Comunicó S. A. al Rey de España á un mismo tiempo la toma de Landrecies y la pérdida de la Bassée, en carta de 23 de julio, manifestándole el profundo sentimiento que tan desgraciado suceso le había causado, principalmente por haberlo prevenido á tiempo con órdenes y gente que dió para ello á D. Esteban de Gamarra, encargándole verbalmente metiese gente en aquella plaza, por ser de las más expuestas, no habiéndolo podido hacer, según se decía, por haber llegado tarde. A este propósito apunta las sospechas que se tenían sobre si hubo omisión en el socorro, ofreciendo que no la tendría él

en castigar á los culpables, si se llegase á averiguar la certeza del caso. En concepto del Archiduque, el designio del enemigo era atacar y tomar una plaza mientras el ejército de Su Majestad se hallase ocupado en sitiar otra (1).

Exponía asimismo á S. M. lo necesitado que se encontraba de soldados y de dinero, toda vez que habiéndose tratado de hacer algunas levas en Alemania, no se podían éstas ejecutar por la falta de recursos. Para enterar á S. M. de éstas y otras cosas tocantes á la guerra, así como también para solicitar que se enviasen al ejército españoles á trueque de valones, envió á la corte de España al Marqués de Grana y á D. Miguel de Salamanca (2).

Pasadas estas cartas á consulta del Consejo de Estado, á que concurrieron el Marqués de Mirabel, D. Francisco de Melo y el Marqués de Valparaíso, acordaron se le contestase «que V. M. queda con noticia de lo que contienen (la carta citada y otras varias) y no se maravilla que sucedan casos como los de la Bassée y Dixmunda, porque los accidentes de la guerra son de esta calidad, y no se puede siempre gozar de buena fortuna; que V. M. estima y agradece, como es razón, la atención, cuidado y trabajo que pone S. A. en la mejor dirección de las cosas de aquellos Estados, especialmente en las de la guerra, y no duda que se harán todos los esfuerzos posibles para mejorarlas, así como V. M. los manda hacer en las asistencias de dinero, pasando los límites de la posibilidad, respecto de lo mucho á que es necesario acudir en todas partes, si bien siempre tendrá en la estimación de V. M. el grado

(1) Arch. de Simancas, Estado, leg. 2.067.

(2) En carta de 6 de agosto insistía S. A. en la necesidad de ser socorrido con dinero. Todavía en esta fecha no había recibido la mesada de junio, y pide, por tanto, que á más de la puntualidad en el envío de las mesadas, se le remita algún socorro extraordinario, tanto para atender á las necesidades del presente como para prevenir las de la próxima campaña, «porque en esto consistirán los buenos efectos della.» Los 145.000 escudos adquiridos en virtud de una negociación practicada por el Duque de Medina Sidonia, se consumieron rápidamente y de su inversión dió cuenta el Archiduque á S. M. Con ellos fué también socorrido D. Francisco de Meneses, cuando vino á España.

y lugar que es justo lo que toca á aquellas provincias, mayormente en el tiempo que el Sr. Archiduque tiene á su cargo el gobierno dellas. También se le podrá avisar de que ya se tiene noticia que recibió la mesada de junio, y espera V. M. que la de julio, que partió de aquí días há, le habrá llegado, y que se queda disponiendo la de agosto.» El decreto que Felipe IV puso á esta consulta fué el siguiente: «Está bien; encargándose al Archiduque mire mucho cómo se empeña en los riesgos de la guerra, por lo que importa su persona» (1).

Dió también cuenta el Archiduque á S. M. en carta de la misma fecha de haberle participado el Duque de Amalfi una carta en cifra que le escribió un sobrino suyo desde Florencia, noticiándole las pláticas que había tenido con el Duque de Vandome en orden á hacer partido en Francia para restablecer la paz en Italia, con beneficio para la Corona de España. Comunicó el Archiduque este pensamiento con el Marqués de Castel-Rodrigo, quien le advirtió ser plática esta que ya se había tratado por alguno de los Ministros de S. M. en Italia.

Parecioles, sin embargo, á ambos se debían enviar pasaportes para que pasasen á Flandes la persona ó personas que el de Vandome ofrecía mandar para esta negociación. Con el mismo objeto había hablado con S. A. el abad de Merci, indicando algunas proposiciones hechas por el francés Conde de Santibal, residente á la sazón en Holanda y poco satisfecho de su patria, á que el Archiduque contestó diciendo que fuese el abad á verse con el Conde á Lieja, á donde decían que también concurriría la Duquesa de Chevreuse, que mantenía en Francia correspondencia encaminada al mismo fin; y que habiendo resuelto ir á aquella población el Marqués de Castel-Rodrigo, comunicase con él las propuestas de Santibal y de la Chevreuse, para que con su parecer diese cuenta á S. M. de todo. Con este motivo insiste S. A. en que para el mejor logro de la negociación, para que el ejército esté tan poderoso que dé calor al partido que en Francia se formase en pro de la

---

(1) Arch. de Simancas. Consulta del Consejo de Estado á S. M. de 7 de setiembre de 1647.



paz y para empezar á hacer levas en Alemania, se le envíen socorros de dinero.

El Rey, siguiendo el parecer de los consejeros Marqueses de Leganés, de Mirabel, de Valparaíso y de D. Francisco de Melo, aprobó el envío de los pasaportes dados para la negociación con el Duque de Vandome, así como también el medio que se había tomado de remitir el negocio de Santibal á las vistas de Lieja, «como quiera que siendo estas negociaciones el motivo por donde se podrían salvar los trabajos en que se ve esta monarquía, parece se puede hacer poco fundamento en ellos y menos en la presente propuesta por las experiencias que se tienen; pero que siempre será bien no despedirlos, sino oirlos sin empeño, por lo menos hasta que se vea verosimilitud de que pueda surtir algún efecto, y habiéndolo, lo ajuste S. A. y avise de lo que se ofreciere» (1).

No decayó el ánimo del Archiduque con la inesperada rendición de la Bassée; antes por el contrario, determinó acometer al enemigo en sus líneas y volver á sitiar la plaza, no obstante las dificultades que á esta empresa se oponían, teniendo que pelear con un ejército fortificado y apoyado por la ciudad que á su lado conservaba. Quiso antes, obrando como prudente capitán, recontar sus fuerzas, y á este efecto dió orden de juntar el ejército, así el de S. M. como el del Duque de Lorena, en plaza de armas. Salió, pues, fuera de Douay á las nueve de la mañana y halló ya toda la infantería y caballería formadas convenientemente en batallones y escuadrones, y dividido el ejército en dos cuerpos.

El del Marqués de Caracena estaba compuesto de seis batallones de infantería española de los tercios de los Maestres de campo D. Francisco Deza, D. Gabriel de Toledo, D. Bernabé de Vargas, D. Baltasar Mercader, D. Gaspar Bonifacio, y D. Fernando Solís; de un batallón de infantería borgoñona del tercio del Marqués de Diene y de tres batallones de infan-

---

(1) Archivo de Simancas. Consulta del Consejo de Estado á S. M. de 7 de setiembre de 1647. Por este mismo tiempo hizo un asiento el Archiduque con el Marqués Mathey para conducir tres mil italianos á Ostende.

tería lorenesa, que formaban un total de diez batallones de infantería, dispuestos en dos alas, y á cada lado de éstas una ala de caballería escuadronada en sus gruesos, con el Conde de Bucquoy al frente de toda ella.

El otro cuerpo de ejército, mandado por el Barón de Beck, contaba asimismo otros diez batallones de infantería, compuestos de catorce tercios de valones y alemanes, formados también en dos alas, y á cada lado de esta infantería un ala de caballería, así de la de S. M. como de la de los Príncipes de Darmstat y de Chimay, dispuesta en gruesos y escuadrones, estando respectivamente colocados, aquel Príncipe al frente de la caballería imperial, éste al de la alemana, y el de Ligne al de toda ella.

Así formados los dos cuerpos mandó S. A. á los Comisarios pasar muestra á todo el ejército y distribuirle el dinero que habían traído los Estados de la provincia de Hainaut, dándolo todo á los soldados sin reservar nada para los individuos de su corte. Al contemplar el Archiduque tan lucidas tropas y su marcial continente, exaltóse vivamente su entusiasmo y no vaciló ya en acometer al ejército francés, mandado por Gassión. Salió de Douay y llegó á Enulín, donde se detuvo un día. El 27 de julio se puso nuevamente en marcha á las dos de la noche, caminando con extraordinaria diligennia hácia la Bassée y mandando dejar el bagaje en Haubordín.

A las tres de la tarde llegó sin tocar tambor ni trompeta hasta muy cerca de las líneas y trincheras del enemigo nuestro ejército, dispuesto en orden de batalla. Desde dos baterías que el Teniente general de artillería, Brunetti, construyó rápidamente, se dispararon á los franceses muchos cañonazos; pero Gassión permaneció firme en sus posiciones y contestó con otros tantos de todas sus baterías, que causaron algún daño en nuestros batallones y escuadrones, saliendo ileso S. A., casi por milagro, porque hallándose bajo un molino, muy cerca de las trincheras enemigas, con el Duque de Amalfi y otros Generales, para reconocer las posiciones y fuerzas contrarias y las baterías de donde tanto jugaba la artillería, una bala de cañón pasó por medio de S. A. y del de Amalfi, tocando en el sombrero de aquél y quemándole la pluma, yendo á dar en

la pierna de su caballerizo D. Alonso de Ibarra. Echó entonces pie á tierra el Archiduque, y apenas se había arrimado al pilar del molino, vino otra bala á estrellarse contra él, rompiendo la muralla, cayendo las piedras sobre S. A. y dándole en la cara algunos pedazos.

Continuaba en tanto el ejército de S. M. formado en batalla y desafiando al enemigo; pero éste no quiso salir de sus líneas y prosiguió tirando cañonazos.

Viéndose entonces cuán impracticable y temerario era atacar á un enemigo metido dentro de sus líneas y teniendo por suya la plaza, á la que en todo caso se podía retirar, retrocedió S. A. con el ejército media legua, situándose en el caserío de Coppigny. En él tuvo consejo con los Generales, acordándose marchar hacia el Lys. Dirigióse, pues, á Sailly, donde tuvo aviso de que, habiéndose apoderado Rantzau de Dixmunda y guarnecídola fuertemente, iba á atacar el fuerte de Nieuwendam, cerca de Nieuport. Para oponerse á los dos ejércitos franceses y atajar su marcha, dividió también S. A. el suyo. Quedó él con la mayor parte en la ribera del Lys alojado en Ferlinghem, á dos leguas y media de Lille, y envió al Marqués de Caracena con la otra parte á Flandes á resistir á Rantzau, con orden de que fuese él delante y caminase á Nieuport.

Para reemplazar la gente que el Marqués llevaba á Flandes envió S. A. al Príncipe de Lixen á suplicar al Duque de Lorena tuviese á bien hacer venir de Luxemburgo los regimientos de infantería y caballería que allí había dejado á cargo del Barón de Clinchamp para oponerse al Vizconde de Turena y Marqués de La Ferté, toda vez que el primero se había internado en Alemania y se había unido el segundo con Gassión.

Conforme el de Lorena con la voluntad del Archiduque, le envió los regimientos que pedía, y al mismo tiempo ordenó éste al Barón de Beck, gobernador de la provincia de Luxenburgo, le mandase los regimientos alemanes que en ella había.

Caminó el Marqués de Caracena con tal diligencia, que el martes 30 de julio por la noche llegó con 500 caballos á Au-

denburg, habiendo andado 14 leguas. Dispuso luego echar puente sobre la ribera de Bruges, y el miércoles entró en Nieuport, que lo tenían ya por sitiado, á causa de haberse apoderado el enemigo del fuerte de Nieuwendam, creyendo el Gobernador y los demás cabos que le guarnecían, que no estando acabado de construir, antes al contrario, abierto por dos partes, era preferible desampararle por ser imposible defenderlo.

El viernes, 2 de agosto; avisaron al de Caracena que el enemigo se marchaba de aquel fuerte. Envióle á reconocer, y se halló ser verdad, por más que se veía que trabajaban en él, y era que minaban sus cortinas, haciéndolas volar poco después. En el acto mandó el Marqués salir 400 hombres de la guarnición de Nieuport con 300 caballos, y con ellos se encaminó por los diques con ánimo de cargar al enemigo en la retaguardia, haciéndolo sus soldados con tanta bravura, que le atajaron algunas cortaduras y le fueron echando de ellas. Apurado Rantzau, se vió obligado á hacer frente y cargar á los nuestros, pero se revolvieron con tanta furia contra los franceses, que tuvieron que retirarse á toda prisa con pérdida considerable de gente, quedando en poder del Marqués trece prisioneros, entre ellos un caballero de distinción, hermano de Mr. de Villers, logrando escapar muchos heridos, atacados por unos 40 mosqueteros que el Marqués hizo pasar á la otra parte del río hacia Saint-Choor que les causaron mucho daño.

Si en aquella ocasión D. Esteban de Gamarra hubiera llegado á tiempo con su gente, el Marqués pudiera entonces llevar al combate 1.500 ó 2.000 infantes, lográndose mayor y más importante victoria; pero no se pudo hacer más con tan poca gente, no siendo poco lo que se consiguió causándoles muchas bajas, obligándolos á retroceder con todo y retirarse cerca de Scoorbacq, donde pusieron dos piezas de artillería. Y conociendo el Marqués que se había adelantado demasiado, hallándose á una legua de Nieuport, y que no podía ya hacer más daño al enemigo sin exponerse seriamente por la poca gente que llevaba, se retiró con tanto orden, que no se atrevieron á molestarle.

De los nuestros murieron 10 y quedaron 20 heridos, contándose desgraciadamente entre los primeros D. Gonzalo

Pozo, camarada del Marqués, que herido de un mosquetazo, falleció de sus resultas poco después. Súpose luego que las pérdidas del enemigo fueron más considerables de lo que en un principio parecieron, elevándose, según unos, á 600, según otros á 800 y aun á 1.000, entre ellos un hijo del Duque de Elbeuf, que, muy mal herido, le trasportaron á París.

El Archiduque, que tuvo noticia de este buen suceso el 4 de agosto á su llegada á Ferlinghem, permaneció algún tiempo en esta población «teniendo en brida á Gassión» con su ejército francés y cubriendo á la vez á Lille, Menin, Armentieres, Ipre y Audenarde, á cuyo último punto envió al Príncipe de Lixem á encontrar y conducir la gente que venía de Luxemburgo, y al Príncipe de Chimay, dió también orden de que fuese á encontrar con su caballería los regimientos alemanes que de la misma provincia llegaban.

Estando aún S. A. en su cuartel de Ferlinghem, sorprendióle á 13 de agosto la inesperada nueva de que Gassión había súbitamente salido de las líneas de la Bassée con parte de su ejército y sitiado á Lens. Sin esperar segundo aviso, mandó que se aprestase todo el ejército á marchar á las dos de la noche, como lo efectuó, dirigiéndose á Lens con intento de rechazar á Gassión. Hízose la marcha con increíble rapidez, llegando S. A. á Haubordín al frente de todo el ejército cerca de las siete de la tarde, acompañado de algunos caballeros de su corte y de sus compañías de guardia, siguiendo luego el Príncipe de Ligne á la cabeza de toda la caballería; y por último, la infantería y artillería. Como en Haubordín hay dos puentes, colocóse el Archiduque en el primero, y desde él vió desfilar por el otro toda la caballería y demás tropas con que iba á pelear, no retirándose hasta que pasó el último soldado, que fué después de media noche, permaneciendo de pie más de seis horas seguidas y retirándose á pasar el resto de la noche en la abadía de Loó allí próxima.

Al día siguiente muy de mañana continuó S. A. su marcha con la misma presteza y vehemente deseo de encontrar aún al ejército francés en Lens para atacarle. Mas á eso de las diez de la misma mañana, pasando por la aldea de Camphin, dos horas y media distante de la ciudad sitiada, le vino nueva de

que Gassión después de haberla vigorosamente atacado durante treinta y seis horas, batídola con ocho piezas y dádola tres asaltos generales, al saber que S. A. se dirigía á él á marchas forzadas y se hallaba ya tan próximo, había huído precipitadamente y vuéltose á sus líneas de la Bassée en la mayor confusión, habiendo perdido en los asaltos más de mil y quinientos hombres, entre ellos veintisiete capitanes, el Marqués de Compagniole y otros nobles franceses. Las pérdidas de los sitiados, aunque sensibles fueron pocas, conquistando merecidos laureles el Gobernador de la plaza, teniente coronel Bascourt, sus capitanes y soldados, que con tanta inteligencia como valor la defendieron.

Con esto hizo alto nuestro ejército y á la caída de la tarde volvió á su cuartel de Haubordín, S. A. á la abadía de Loó y Gassión á sus líneas de la Bassée, admirado de la prontitud con que el Archiduque había acudido á socorrer la plaza.

Llegó el 18 de agosto á Loó el Duque de Lorena, acompañado del Príncipe de Lixem; mandó S. A. darle una habitación en su casa, y al día siguiente comiendo le dió cuenta de cómo habían llegado ya cerca de Orchíes y estaban alojadas en Marchiennes, sus tropas, consistentes en catorce regimientos de infantería y caballería, al mando del coronel Mr. de Clinchamp.

De Loó partió S. A. el lunes 19 de agosto, pasando por Sclyn; alojó luego su ejército en Camphin y se dirigió á Enulín, legua y media de la Bassée, y como hubiese el enemigo durante su ausencia pasado el río con la mayor parte de su caballería, ordenó S. A. al Duque de Amalfi que enviase contra ella la caballería de S. M. y la de Lorena, siguiendo de cerca la infantería; pero el enemigo no quiso aguardarla, frustrando una vez más al Archiduque su esperanza de batirle.

Estando aún en Enulín, el de Amalfi, por orden de S. A., acampó el ejército entre la Bassée y aquel lugarcillo, y hallándose en esta operación, llegaron las tropas del Duque de Lorena, incorporándose á las que habían hecho toda la campaña, formando un cuerpo de 8.000 hombres, todos muy buenos soldados, acostumbrados á pelear. El Duque de Lorena se acuarteló en Leyne, media legua del cuartel de S. A.; y

ambos, acompañados del Duque de Amalfi, gobernador de las armas, del Príncipe de Lixem, de los Maestres de campo generales y de otros caballeros, fueron á reconocer las posiciones del enemigo alrededor de Bassée, el marrazo que había entre la ciudad y su campo, el puente Avendín sobre el río, y la abadía de Berelo, que el enemigo tenía bien guarnecida de gente, frente á la cual mandó S. A. al Teniente general Brunetti hacer batería y artillarla, imitando el francés esta disposición y cañoneándose uno á otro todo aquel día.

Mientras así jugaba la artillería, se dejó ver Gassión con mucha caballería en el mencionado puente Avendín, y habiéndolo avisado los batidores de estrada, salió el Duque de Lorena á pelear con ellos, rechazándolos con tal valor y brío que no volvieron á presentarse.

A la noche siguiente, el de Amalfi, por orden de S. A., hizo marchar hacia Estaires los dos tercios de italianos de los Maestres de campo Marqués de Bentivoglio y Juan de Liponti, y el tercio de valones del maestre de campo Conde de Bruay, con alguna caballería, mandando después, al día siguiente, que volviesen. Todos estos movimientos y marchas tenían por objeto desconcertar al enemigo y confundirle con los avisos que recibía ó recibir pudiese, suspendiendo cualquier designio que intentase acometer.

El día 28 de agosto fué S. A. de Enulín á Escodín, junto á Loó, y como al amanecer del siguiente tocasen las trompetas á botasilla para marchar, vino Gassión á reconocer la marcha con 300 caballos y mucha nobleza. Aproximóse hasta una legua de nuestro ejército y se encontró con un puesto de guardia de la caballería de Lorena que en aquel momento acababa de ser relevada, con que hallándose doblada esta guardia, hizo frente á Gassión y á los suyos y los derrotaron. Corrieron al arma los croatas y cortaron el paso á los franceses, no pudiéndose retirar sino muy pocos, que fueron perseguidos hasta sus líneas, quedando los demás ó muertos ó prisioneros. De suerte que de los 300 caballos solos 30 ó 35 se salvaron, entre los cuales se contó Gassión. Persiguióle tan tenaz y aproximadamente el coronel lorenés Mr. de Fange, que casi le tuvo prisionero; y habiendo escapado de sus manos, cogió

un croata á un capitán francés que corría delante de Gassión figurándose era éste por ir ricamente vestido, dejando escapar al verdadero General. Quedaron prisioneros 158, y entre ellos el caballero de La Vienville, hijo del Marqués del mismo título, Mr. de Chamarón, coronel de sus croatas, un sargento mayor, 12 capitanes, muchos oficiales y no poca nobleza.

Al siguiente día, 31 de agosto, antes de amanecer, mandó S. A. tocar de veras á botasilla y caminar, y mientras marchaba la vanguardia, fué á ver el sitio donde el día anterior había sido la escaramuza. Siguió el ejército caminando hacia Armentieres, atravesando en Houplines el río Lys sobre el puente al efecto prevenido, y permaneciendo S. A. en él hasta que pasó el último soldado. Alojóse aquella noche con el ejército en Arquinghem, viniendo el de Amalfi y Beck á darle cuenta del orden en que habían quedado dispuestos los cuarteles; su primer ayuda de cámara á traerle una gruesa suma de dinero de Alemania, y con él el reverendo padre Haverneck, su predicador.

CAPÍTULO VI

Marcha el ejército de S. M. á Armentieres.—Motivos que para ello había.—El Vizconde de Turena entra en el país de Luxemburgo.—Es nombrado Beck para resistirle con una parte del ejército de S. M.—Obliga Beck á Turena á levantar el sitio de Montmedy.—El Duque de Orleans se presenta en el Artois con nuevo ejército.—Sorprende un destacamento nuestro el cuartel de los esguízaros.—Unense Gassión y Rantzau con intento de atacar al Archiduque.—Viene en auxilio de éste el Marqués de Caracena.—Pasa el ejército francés el Lys.—Escaramuzas entre los dos ejércitos.—Atrinchérase el nuestro y se prepara á la batalla.—Retroceden los franceses.—Vuelven á sus cuarteles de Estaires.—Un destacamento de nuestro ejército, á las órdenes de D. Luis Cayro, bate y derrota completamente á otro francés.—Intenta el Archiduque apoderarse de Maguncia.—Medios que emplea y razones por qué no se consigue.—Amaga atacar á Worms para obligar á Turena á salir del Luxemburgo.

El 1.º de setiembre alojóse nuestro ejército en Warneton y el Archiduque dió orden al Barón de Beck de ir con 500 hombres á Estaires á intimar á los franceses, que guarnecían el castillo, que se rindiesen. Pero apenas había llegado dicho General á vista de la plaza, cuando apareció Gassión con 1.000 caballos y otros tantos infantes esguízaros. Escaramucearon unas tropas con otras, y Beck se retiró con sus 500 hombres al cuartel general.

Celebró al siguiente día S. A. consejo de guerra con el Duque de Amalfi y demás Generales, y de común acuerdo se resolvió dividir nuevamente el ejército, quedándose Beck con una parte para oponerse al mariscal Gassión y marchar el Archiduque con la otra á Flandes para unirse con el Marqués

6

de Caracena y sitiar allí alguna de las ciudades que aún estaban en poder de los franceses. Mas poco antes de ponerse en ejecución este proyecto se le representó á S. A. que no estando todavía terminadas las nuevas fortificaciones de Armentieres, quedaba esta ciudad abierta por muchas partes y sin haber agua en los fosos, pudiendo, por tanto, Gassión por hallarse muy próximo á ella con su ejército, intentar fácilmente su recuperación.

Consultado el caso en consejo de guerra, se resolvió que el ejército permaneciese algunos días en Armentieres hasta quedar acabadas las fortificaciones y cerrada la ciudad por todas partes. Súpose en esto la noticia de que Turena había entrado en el país de Luxemburgo con 6.000 hombres, entre caballería é infantería, y con veinte piezas de artillería, y que habiendo pasado el Mosela y tomado á Rodemach, amenazaba sitiar á Arlon. Hizo entonces presente á S. A. el Barón de Beck, Gobernador de aquella provincia, la poca tropa que en aquel país había para resistir al ejército de Turena y la importancia suma de la ciudad, capital de Luxemburgo. En su virtud dispuso el Archiduque que Beck marchase á su provincia con dos tercios de valones, del Conde de Bruay el uno y del Maestre de campo Helem el otro, con siete regimientos alemanes del Conde de Isemburgo, del Conde de Ritberghe, de los coroneles Alemani, Requelines, Berlo, Bottelberch y D. Fernan do Arias, con cuatro regimientos de caballería á cargo del Príncipe de Chimay, y cinco piezas de artillería. Con estas tropas salió Beck de Warneton, junto á Armentieres, donde estaba todo el ejército y comenzó á caminar con gran presteza el 6 de setiembre hacia Luxemburgo para defender aquella provincia.

En el camino supo que Turena, después de saquear algunas aldeas, había ido á tomar posiciones para sitiar á Arlon, habiendo atacado ya un reducto en la puerta de Bastogne, con cuya noticia forzó más y más Beck sus marchas.

Apenas tuvo Turena aviso de la proximidad de Beck, é ignorando las fuerzas que traía, levantó el sitio de Arlon y se dirigió á atacar á Montmedy, empezando por la parte baja de la población, situada al pie de una colina, sobre la cual hay

una fortaleza. Por la valerosa y enérgica defensa que hizo el Gobernador de la plaza, coronel Berr, perdió el enemigo en el ataque más de 200 soldados y cinco capitanes, y para impedir todo socorro, mandó Turena hacer la línea de circunvalación, con ánimo de aguardar en aquella posición el refuerzo que le había prometido el Cardenal Mazarino.

Llegó entretanto Beck con su ejército, reforzado con gente reclutada en el país y con la principal nobleza de él, con designio de acometer al de Turena y socorrer la plaza, de que noticioso éste, se retiró de Montmedy, abandonando los puestos que en derredor de la plaza había ocupado, yéndose á acuartelar y fortificar á un sitio distante de allí una legua, en ventajosa posición, defendido por un río. En su consecuencia hizo lo mismo Beck en otro puesto ventajoso en el lugar de Vanse.

Continuaba S. A. con el resto de su ejército en Warneton, visitando diariamente con el Duque de Amalfi, el Gobernador de la plaza, y otros caballeros los trabajos de las fortificaciones de Armentieres, y hallándose en la muralla, recibió aviso del Marqués de Tresigny, Gobernador de la provincia de Artois, de que el Duque de Orleans con un nuevo cuerpo de ejército, tenía el proyecto de sitiar á Saint-Omer. Fué necesario, por tanto, que enviase allá S. A. el tercio de españoles de Bernabé de Vargas; y con objeto de asegurar su marcha dispuso distraer al enemigo en sus cuarteles. Al efecto, el Duque de Amalfi y el Príncipe de Ligne fueron á pasar el rio Lys por Houplines con 2.000 caballos, dirigiéndose luego hacia Estaires y llegando tan de improviso al cuartel de los esguízaros, que los sorprendieron. Acometiéronlos sin darles tiempo de correr á sus armas, mataron muchos de ellos, tomaron prisioneros 140, y todavía si hubiese llegado á tiempo la infantería que había quedado rezagada más de una legua, se hubieran cogido más de mil. Concluída esta diversión, volvieron Duque y Príncipe con los prisioneros á sus puestos.

Enterado Gassión de que el ejército de S. A. había quedado muy reducido con la marcha de Beck y del tercio español de Vargas, avisó á Rantzau de que juntándose los dos Mariscales podían muy bien acometer á S. A. en su cuartel y sitiar

á Armentieres, sin que este por sus escasas fuerzas pudiese socorrerla. Pero ya S. A. se había oportunamente prevenido contra este intento, ordenando al Marqués de Caracena volviese con los tercios españoles y valones que había llevado á Flandes, dejando las demás tropas á cargo del Marqués Sfondrato para guarnecer las plazas marítimas.

Resuelto Gassión á llevar á cabo su proyecto, hizo pasar el Lys á algunos regimientos por el puente que había echado frente al castillo de Estaires. Súpolo S. A., y como fuese día de la Natividad de la Vírgen, 8 de setiembre, oyó primero sus dos misas, practicó sus acostumbradas devociones, y montando luego á caballo, se dirigió al sitio por donde comenzaban á pasar el rio los regimientos franceses. Llegó á donde tenía el enemigo su guardia avanzada y mandó á la caballería lorenesa, que le seguía, atacase á dichas guardias y á los regimientos que ya habían traspuesto el rio, y al Príncipe de Ligne que con alguna caballería de S. M. la sustentase y defendiese. No era, sin embargo, aquel sitio propio para maniobrar la caballería, porque todo él estaba lleno de fosos, hayas y setos y defendido por dos bandas de mosqueteros; por cuyo motivo fué imposible estorbar al enemigo el paso. Así que en aquel día y en el siguiente acabó el ejército francés de pasar á la ribera donde acampaba el nuestro, no separándolos ya ningún obstáculo. El mismo día fué Gassión hácia Bailleul para encontrar á Rantzau y asegurar su marcha, juntándose en este pueblo los dos cuerpos de ejército francés y viniendo unidos á alojarse en la aldea de Neufeglise, con designio al parecer de sitiar á Armentieres antes de que estuviesen terminadas sus fortificaciones.

Comprendiéndolo así S. A. movió su cuartel y vino á acampar con su ejército entre Neufeglise y Armentieres, á un cuarto de legua de esta ciudad, alojándose él en ella y sabiendo allí que el Marqués de Caracena estaba ya tan próximo, que aquella misma noche contaba llegar al cuartel general con su ejército. Y en efecto, aquella tarde se adelantó á besar la mano de S. A. y marchó después á incorporar sus tropas con las demás del ejército.

Al siguiente día, 11 de setiembre, acercáronse los franceses

más á Armentieres, acampando en Nipkerque, muy cerca del ejército de S. M., motivo por el cual comenzó el Archiduque á disponerle en orden de batalla. Habiendo hecho el enemigo una batería y artilládola con cuatro piezas, comenzó á cañonear el campamento de S. A., quien en el acto mandó hacer también batería, poner en ella más piezas de las que tenía el enemigo en la suya y hacer fuego sobre su campamento.

Al mismo tiempo dispuso trabar escaramuza con el ejército francés, para poder él reconocer mejor el orden y disposición del enemigo. En esta escaramuza fué muerto el Barón Inchi, lorenés, teniente coronel del regimiento de Ousse, así como también algunos soldados del mismo país que pelearon con sumo valor. De los de S. M. fué levemente herido el coronel Alemani de un mosquetazo en el pecho.

Conseguido este deseo, mandó S. A. al de Amalfi que el ejército se atrincherase para evitar cualquier sorpresa, hallándose á la vista del enemigo, y, en su consecuencia, al amanecer del día siguiente había ya cada regimiento levantado tierra delante y armado una trinchera.

Aquella noche permaneció S. A. en el campamento disponiendo primeramente con Amalfi, Caracena y Ligne el orden de batalla por si avanzase el enemigo, y durmiendo el resto de la noche en su carroza, en la vanguardia del ejército, sin querer volver á la ciudad, haciéndose traer de ella su comida y cena y comiendo en dicho vehículo.

Los dos ejércitos pasaron el día y la noche siguientes cañoneándose y escaramuzando con mosquetería, esperando los nuestros que al apuntar el nuevo día vendrían con los enemigos á las manos, que era lo que constantemente ansiaban, por más que se hallasen muy inferiores á éstos en fuerzas.

Esto no obstante, se suspendió el ataque general por entonces, á causa de haberse apoderado los franceses de un molino y su reducto, ordenando el Archiduque que se volviese á recuperar aquel puesto á costa de cualquier peligro, como así se verificó inmediatamente á vista de S. A., con singular bravura.

Llegó el 12 de setiembre, y el enemigo, en vez de dar batalla, lo que hizo fué dejar de disparar su artillería, disparando

sólo nuestra batería, y continuar el fuego de mosquetería desde unas hayas, contestando los nuestros desde unas casas destruídas.

Al fin, viendo Gassión y Rantzau la dificultad de atacar á Armentieres, por haber el ejército de S. M. acampado entre ellos y la ciudad, levantado trincheras, dispuesto en ellas la artillería y estar en excelente orden de batalla, resuelto á no volver hacia atrás un solo paso, retrocedieron alguna distancia, y S. A. continuó todavía aquella noche en el campamento durmiendo en su carroza. A la noche siguiente se retiraron los franceses á favor de la oscuridad, dejando muchas mechas encendidas y algunos mosqueteros disparando, á fin de ocultar á los nuestros su retirada. Volvieron aquellos Mariscales á sus antiguos cuarteles de Estaires, y S. A. á Armentieres con gran aplauso de sus habitantes por haberles librado del sitio, debido más á su valor y pericia militar que al número de tropas que mandaba.

A este buen suceso siguió otro, si no de tanta importancia y trascendencia, de no menor reputación para las armas de S. M. Iba D. Luis Cayro, comisario general de la caballería, mandando un convoy con destino á Tournay y para asegurar otro que venía del mismo punto, y tuvo noticia de que en la aldea de Marquete había apostados 300 caballos del regimiento de Gassión para sorprender dicho convoy. Resolvió Cayro atacarlos con las escasas fuerzas que mandaba, que eran los capitanes de caballos Conde de Baroux y Conde de Hanap, los capitanes Gavelans y Ochoa, cien caballos loreneses á cargo de los capitanes Dimanche y Wale y una compañía de las tropas del Príncipe de Darmstat. Dividió á este efecto su caballería en tres grupos, sin contar los batidores que íban de vanguardia. Encontraron á los enemigos repartidos en cuatro grupos, apercibidos y en armas, esperando á los de S. M. á pie firme.

Mandó el Comisario general á sus capitanes cargarlos, y á su voz Ochoa, que tenía á su cargo la vanguardia, los atacó de frente, mientras los capitanes loreneses lo hacían de flanco, y Cayro á la cabeza de los suyos, daba una impetuosa carga, con que completamente los rompieron, quedando todos ó

muertos ó prisioneros, entre ellos el teniente coronel de Gassión, el corneta y los más de los oficiales. Volvieron, pues, D. Luis Cayro y aquellos victoriosos capitanes á incorporarse al ejército con tanta más honra cuanto que habían batido el regimiento de Gassión.

Mientras tan cumplida y satisfactoriamente se empleaba el Archiduque en el servicio de S. M., en sus Países Bajos, quiso también hacer algo en beneficio del Emperador, su hermano, y á este efecto intentó llevar á cabo una empresa contra Maguncia. Con objeto de encubrir su designio, envió á sus sus cercanías al coronel Garnier, comisionado para levantar por aquellas partes un regimiento de infantería alemana de doce compañías. Valiéndose de este pretexto, tuvo secreta inteligencia en la ciudad con un canónigo, que le indicó medio de apoderarse de ella y de su castillo, á cuya empresa había de concurrir el coronel Lucas.

Teniendo ya el canónigo prevenidas las escalas para subir á las murallas, y dispuestos al ataque los soldados alemanes reclutados por Garnier, ocurrió que el coronel Lucas acudió con 100 soldados menos de los que S. A. había ordenado, y que los 300 infantes y 150 caballos que salieron de la guarnición de Franquendal llegaron bastante tarde, y no pudiendo por estos motivos ejecutarse aquel proyecto, marchó el coronel Garnier con el Barón de Frangipane y el coronel Benninchaussen y sus respectivas tropas hacia Worms, donde se apoderaron, por orden de S. A., de las barcas y del fuerte para tener libre el paso del Rhin, consiguiéndose con esto atraer á Turena al socorro de esta ciudad y apartarle del intento que tenía en el Luxemburgo.

CAPÍTULO VII

Prosiguen acuartelados los dos ejércitos uno frente á otro.—Marcha el francés de improviso sobre Ipres.—Dispónese el Archiduque á seguirle.—Incertidumbre del enemigo por la vigilancia de S. A.—Retírase Rantzau á su Gobierno de Dunkerque.—Sitia Gassion á Lens.—Ataca el Duque de Amalfi un puesto del enemigo y se apodera de él.—Introduce entretanto el Archiduque socorro en la plaza.—Queda Bucquoy encargado de la defensa de las ciudades inmediatas con una parte del ejército.—S. A. se dirige hacia Dixmunda.—Apodéranse Sfondrato y Caracena de ventajosas posiciones alrededor de esta plaza.—Llegada á ella de S. A. con todo el ejército.—Comienzan las operaciones de sitio.—Interceptan los nuestros varias cartas.—Trata el coronel Marqués de Vasse de entrar en la plaza disfrazado.—Es hecho prisionero.—Hacen los sitiados una vigorosa salida.—Son rechazados.—Ataque de los sitiadores para adelantar las aprochas.—Gloriosa defensa de Lens por Bascourt y Molfi.—Ríndese la plaza por falta de municiones.—Enormes pérdidas de los sitiadores.—Muerte de Gassión.

Continuaba entretanto el ejército francés acuartelado junto á Estaires, defendiendo la Bassée y Bethune, y permanecía el Archiduque con el ejército de S. M. acampado junto á Armentieres, cubriendo esta ciudad mientras se acababa de fortificar, sin dejar por eso todos los soldados, especialmente los croatas y loreneses, de traer de continuo prisioneros y mucho botín. Así prosiguieron unos y otros, hasta que el 19 de setiembre salió de Estaires el enemigo y marchó de improviso hácia Ipres.

Tan pronto como tuvo S. A. noticia de este movimiento del enemigo, mandó tocar botasilla á las tres de la mañana,

y á las cinco de la misma dispuso, con el Duque de Amalfi, que el ejército estuviese pronto á marchar en la dirección que el francés llevaba. Comió en el campamento y en él continuó hasta la noche, y el ejército en orden de batalla ó para marchar ó para esperar al enemigo, ó para oponerse, en fin, á cualquier intento que pudiese tener. Pero Gassión y Rantzau, apercibiéndose de la pronta resolución de S. A. y del orden en que mantenía el ejército, ordenaron que el suyo hiciese alto en Messines durante todo aquel día para deliberar lo que habían de hacer.

Al día siguiente prosiguieron su marcha á Ipres, y teniendo ya el Archiduque noticias ciertas de que iban á sitiar esta ciudad, dió orden á las diez de la noche de que á las tres de la siguiente madrugada tocasen las trompetas botasilla y de que á las cuatro le tuviesen aparejado su caballo de guerra y sus armas fuertes, con ánimo de seguir al enemigo, pelear con él y estorbarle tomar posiciones. Mas á la media noche avisó el Duque de Amalfi á S. A. que el enemigo, observando que el ejército de S. M. estaba ya dispuesto á marchar, había hecho alto y se disponía á volver á sus antiguos cuarteles entre Bailleul y Estaires, habiendo echado otro puente sobre el Lys para comunicarse con la Basseé y Bethune.

De nuevo al otro día, 22 de setiembre, se separaron los dos Mariscales franceses, yéndose Rantzau hacia su puesto de Dunkerque y volviendo Gassión hacia la Basseé simulando querer sitiar á Lens ó á Douay.

Dió, por tanto, orden S. A. de sacar de cada tercio y regimiento una compañía, enviándolas á reforzar las guarniciones de aquellas plazas, y como al otro día tuviese noticia de que Gassión se había resueltamente dirigido á Lens y tomado posición para sitiarla, caminó en derechura hacia el enemigo. Llegó de noche á Sechin, después de una marcha de cuatro leguas, donde supo que Gassión había puesto cuatro regimientos de infantería y mucha caballería en defensa del puente Avendin á fin de estorbar su paso al ejército de S. M.

Con algunos regimientos de españoles, italianos y loreneses, así de infantería como de caballería, con dos regimientos de las tropas del Príncipe de Darmstat y con el del Conde de

Bucquoy partió el Duque de Amalfi á atacar aquel puesto. Hízolo, en verdad, con tal habilidad y denuedo, que pronto ganó el fuerte y rechazó á los franceses una legua más allá de él con pérdida de muchos soldados y nobleza. Corrió en este ataque inminente riesgo la vida del mariscal Villequiere, que mandaba aquel puesto, viéndose obligado á apearse del caballo y escapar por el marrazo. De los nuestros el Conde de Gorinch, coronel general de los ingleses, recibió un mosquetazo en el pecho á presencia del Duque de Amalfi.

A favor de este combate, consiguió el Archiduque lo que se había propuesto, que era introducir socorro en la plaza, confiado como estaba, en cuanto á lo demás, en el experimentado valor é inteligencia del Gobernador Bascourt y en la asistencia del coronel Molfi, que con su tercio de irlandeses, había entrado en la plaza, pudiéndose por tanto defender ésta muchos días. Así, pues, mientras el enemigo se detenía en el sitio de Lens, acordó S. A. ir á sitiar otra ciudad de más importancia, resolviéndose por la de Dixmunda, cuya posesión interesaba sobremanera.

Más pareciendo que faltaría tiempo para una empresa de la calidad de ésta, y que el enemigo tardaría poco en apoderarse de una plaza en cuya expugnación había empleado S. A. tan sólo veinticuatro horas, se propuso dejar un cuerpo de caballería é infantería que guarneciese las plazas inmediatas á que podría dirigirse el enemigo, una vez rendida la de Lens, prosiguiendo S. A., en tanto, el sitio de Dixmunda.

Quedó, pues, el Conde de Bucquoy encargado de la defensa de las plazas y poblaciones que con más probabilidad pudiera atacar el enemigo, tales como Douay, Bouchain, Cambray, Quesnoy, Lille y Armentieres, acuartelándose con su regimiento, el de los Croatos, parte de la caballería lorenesa, algunos regimientos de infantería y la necesaria artillería junto á Douay, que era la plaza más próxima á Lens, asegurando así las demás ciudades inmediatas, é impidiendo á Gassión ir á socorrer á Dixmunda si llegaba á tomar aquella plaza.

Esta separación se hizo en Sechin, desde donde el Archiduque se dirigió á Dixmunda, y el Conde de Bucquoy á Douay.

Situóse éste al lado del fuerte Caspen, sin cuya posesión no podía el enemigo sitiar la ciudad.

Aseguradas las plazas de la frontera francesa, caminó S. A. con tanta diligencia hacia Dixmunda, que el mismo día llegó á Lille, y al siguiente á Ipres. Desde aquí envió orden al Marqués Sfondrato, General de la artillería, de ir á tomar posiciones en Dixmunda, á la parte de Bruges, y al Marqués de Caracena de ir á tomar las de la parte de Ipres. En virtud de estas órdenes, salió Sfondrato de Plasgendale, y el 28 de setiembre llegó á Newporte; de aquí partió el 29, con tanto sigilo, que dió vista á los diques de Dixmunda sin que el enemigo se apercibiese de su marcha. Ocupó en seguida las avenidas que miran á Furnas, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, se acercó á la ciudad, apoderándose entre doce y una de la media luna que había junto al puente, con escasas pérdidas de gente.

Igualmente el Marqués de Caracena llegó con sus tropas el 1.º de octubre al otro lado de la ciudad; tomó posiciones y las mantuvo. El último día de setiembre llegó también S. A. con el grueso del ejército, tomando su cuartel en Essem. Allí acudieron los Marqueses de Caracena y Sfondrato á dar cuenta á S. A. de los puestos que habían ocupado, que eran los mismos por él designados, y recibieron orden de formalizar, desde luego, el sitio, y combatir con resolución y energía apesar de saberse que había dentro de la plaza más de 3.000 hombres de guarnición.

Seguidamente, en el mismo día 1.º reconoció el Archiduque la situación de la ciudad, ordenó los cuarteles de circunvalación, dispuso las baterías, apostó caballería en los sitios por donde podía entrar socorro y mandó que se empezasen á hacer las aprochas y ataques. Hecho todo esto, volvió á su cuartel de Essem con los caballeros de su corte.

Interceptóse en dicho día una carta dirigida á los sitiados, en la que se manifestaba el asombro que entre los franceses había producido el sitio que nuestro ejército, siendo tan reducido, había puesto á una plaza como aquella, tan bien defendida y aprovisionada, por cuyos motivos tenían por seguro que el Archiduque no saldría con honra de aquella empresa.

No era, sin embargo, el verdadero objeto de esta carta otro que animar á los sitiados, por lo mucho que importaba á los enemigos mantener esta ciudad, si querían conservar lo que aún poseían en Flandes.

El Marqués de Vasse, coronel del regimiento del Piamonte, de guarnición en la plaza sitiada, había salido de ella pocos días antes con Rantzau, y al saber que los nuestros la habían cercado, determinóse á entrar en ella á riesgo de morir ó ser hecho prisionero. Para conseguirlo con el menor peligro posible, se disfrazó de aldeano, ciñéndose sólo una espada para no ser tomado por espía. En esta disposición, favorecido por la oscuridad de la noche, acompañado de un gentilhombre suyo disfrazado del mismo modo y dirigido por unos guías que á fuerza de doblas había sobornado, llegó el 2 de octubre hasta la contraescarpa de la media luna ocupada por el Marqués Sfondrato, donde creyendo hallar soldados suyos é ignorando que aquel puesto estaba en poder de los de S. M., les hizo señal. Conocieron desde luego los soldados de guardia lo que era, y fingiéndose franceses y esguízaros, le dieron seguridad para subir á la muralla. Bien pronto después de haberla escalado, comprendió su error, hallando ser italianos y españoles, á los cuales se rindió, declarando ser capitán del regimiento de Bocquet, su gentilhombre y teniente. Avisó la guardia á Sfondrato, y éste le consignó al maestre de campo don Jusepe Guasco, encomendándole le atendiese y cuidase porque estaba medio muerto de frío. No le fué posible, sin embargo, mantener por mucho tiempo oculto su verdadero nombre, porque contradiciéndose continuamente á las preguntas que se le hicieron, el Marqués Sfondrato le llamó y le dijo que le diese su nombre y calidad por escrito, confesando entonces ser el Marqués de Vasse, coronel del regimiento del Piamonte, que había venido para mandar la plaza, por si en el curso de la defensa muriese el Gobernador.

Asimismo se interceptaron el 4 de octubre varias cartas de Rantzau, en las que avisaba y prometía al Gobernador Barón de Chaleu ir á socorrerle, preguntándole si había logrado entrar en la plaza el Marqués de Vasse, y que en caso afirmativo hiciese fuegos en la torre.

Mientras se acababan las líneas y los Marqueses de Caracena y Sfondrato adelantaban sus aproches y trincheras, hicieron los sitiados en 6 de octubre una salida de estratagema, enviando veinticinco hombres á pelear con los loreneses, para producir por aquel lado la consiguiente alarma, mientras 500 soldados escogidos de caballería é infantería atacaban la media luna ocupada por Sfondrato. Con tal prontitud y rapidez desempeñaron éstos su cometido, que apenas los centinelas tuvieron tiempo de dar la alarma en su cuartel. Montó súbitamente el Marqués á caballo, seguido de los capitanes de caballos, Marqués de Lestine y Antonio Leva y del coronel Laverna con su regimiento de loreneses, y se fué hacia dicha media luna; y no obstante que ya la habian ocupado los enemigos, y apoderádose de dos medios cañones que se disponían á clavar, echando aquel bravo General de artillería pie á tierra y mano á la espada, acometió á los franceses con tal valor, que con la misma presteza que habían ganado el puesto, fueron de él rechazados. Portáronse con suma bizarría todos los oficiales y soldados que seguían al Marqués Sfondrato, y singularmente el teniente Beringel, que mandaba la compañía de guardia, cargando á la caballería francesa que se adelantaba ya por el dique, conteniéndola y dando tiempo á que llegase nuestra infantería, en cuya refriega recibió aquel valiente oficial un mosquetazo que le atravesó el pecho, de cuyas resultas falleció poco después.

Hizo tirar dicho Marqués algunos cañonazos á los que huían, y nuestros soldados los persiguieron tan de cerca, que muchos se cayeron del puente allí prevenido para la comunicación de los cuarteles y comodidad de los víveres, y se ahogaron.

Dióse el 7 de octubre un ataque á tres de los costados de la ciudad, para que, acudiendo á la defensa de ellos los sitiados, pudiesen nuestros soldados adelantar sus aprochas; y salió tan bién esta estratagema, que los españoles llegaron hasta la contraescarpa de la gran media luna. Mas como su bravura les había llevado más allá del término señalado, y no tuvieron tiempo de fortificarse, volvieron reforzados los enemigos y les obligaron á retirarse á una especie de plaza de

armas que por fortuna tenían aparejada, donde se pusieron á cubierto, no sin pérdida de algunos oficiales y soldados. Un mismo cañonazo mató el caballo del Marqués de Caracena, que allí se hallaba animando á los suyos, llevó una pierna á uno de sus pajes y al Vizconde de San Miguel, Lorenzo de Franca, le hirió en un pie.

Con ánimo verdaderamente heroico y con desesperado esfuerzo, manteníanse entretanto los sitiados de Lens contra el ejército de Gassión. Comenzado el sitio en 21 de setiembre, acabadas las aprochas, ganadas tres medias lunas, voladas cuatro minas, abierta en la muralla ancha brecha para subir por ella cuatro carrozas de frente; después de once días de sitio y diez de ataque, rindiéronse los sitiados en 3 de octubre por habérseles acabado las municiones de guerra, que no el valor ni el ansia de pelear. Costó á los franceses aquella desastrosa victoria más pérdidas de consideración que una completa derrota, quedando ellos cubiertos de luto y lágrimas, y los nuestros de gloria y de aplausos. Allí murió en uno de los ataques el afamado Mariscal de Francia Gassión, uno de los caudillos militares más reputados y justamente célebres de su tiempo, cuya sola pérdida, en sentir de un moderno historiador de Francia, importaba más á su nación que todo Lens. Allí murieron también el Marqués de la Favillade, Mariscal de Campo, el Vidame de Amiens, hijo del Duque de Chaulnes, el Marqués de Marignan, el Conde de Cheve, el Marqués de Perne, el Conde de Belpere, ocho capitanes del regimiento de la guardia, muchos individuos de la nobleza y más de 2.000 soldados.

Honra grande y general alcanzaron en este sitio el Gobernador de Lens, teniente coronel Bascourt, el coronel Molfi y todos los capitanes y soldados que con sus acertadas disposiciones, con su bizarría y animoso espíritu los primeros, y con su disciplina, bravura y valor los segundos, dilataron considerablemente el sitio, y dieron así tiempo á que el Archiduque ganase la ciudad de Dixmunda, de mucha más importancia que la de Lens.

Salieron de ésta sus ilustres defensores, los oficiales con caballos y armas, y los soldados, así de infantería como de

caballería sin ellas, siendo convoyados por el camino de la frontera de Francia hacia el país de Luxemburgo, no permitiéndoles caminar más de tres leguas al día, á fin de que no pudiesen tomar parte en el resto de la campaña.

CAPÍTULO VIII

Intenta el enemigo sitiar á Douay.—Asegura Bucquoy esta plaza.—Desiste aquél de su intento y amenaza á Armentieres y á Lille.—Simula Rantzau querer socorrer á Dixmunda.—Síguele Bucquoy y se une al Archiduque.—Redóblanse los ataques á la plaza.—Retrocede Rantzau, y se acuartela en Loo.—Ríndese Dixmunda.—Importancia militar de este hecho de armas.—El Príncipe de Chimay, con su cuerpo de ejército, se incorpora al del Archiduque.—Rantzau con su ejército permanece estacionario.— S. A. va con su Corte á Gante, y el Duque de Amalfi queda encargado de las tropas.—Solemnidades con que es recibido S. A. en Gante.—Entra en Francia Rantzau con su ejército.—Da el Archiduque por terminada la campaña, y manda disponer el acuartelamiento de sus tropas.—Vuelve á Bruselas.—Resumen de esta campaña: sus felices resultados para aquellos Países, y para S. M.—Sentimientos de lealtad que abrigaban hacia los Reyes de España los Estados católicos de Flandes.

Con la muerte de Gassión no intentó ya el ejército francés empresa alguna de importancia. Un capitán del regimiento de irlandeses del coronel Molfi logró escaparse de Lens, y trajo aviso á S. A. de la rendición de la ciudad y de que el enemigo caminaba hacia Pont-Assau, simulando querer sitiar á Douay, con intento sin duda de obligar á los nuestros á levantar el cerco de Dixmunda. Mas el Archiduque, resuelto á apoderarse de esta plaza, y confiado en la pericia y celo del Conde de Bucquoy, no se movió del puesto que ocupaba. Y en efecto, Bucquoy, con su acostumbrada vigilancia, aseguró la ciudad amenazada por los franceses, antes de que fuese por ellos acometi-

da, enviando á ella 400 caballos loreneses, con los cuales el Gobernador, Conde de Grovendoncq, aseguraba poder defender bien la plaza. Mandaba este refuerzo el Conde de Ligneville, y á sus órdenes iban los coroneles Sehanevelt, Montaubán y Jeghere; los tenientes coroneles Latour y Schemits; los sargentos mayores Mirecourt y Marase, y los capitanes Barón de Aufercourt, Duval, Du Hou y La Ferté, todos muy animados de servir á S. M.

No se atrevieron los enemigos, con la entrada de este socorro, á sitiar á Douay, y simularon quererlo hacer á otras plazas de aquel territorio; pero siempre el de Bucquoy las socorría con tal oportunidad y diligencia, y encontrábanle tan solícito y dispuesto á combatirles, que súbitamente volvieron sus armas á Flandes, con designio, al parecer, de ir en auxilio de Dixmunda. Dirigieron, pues, su marcha hacia Estaires; enviaron tropas á tomar el puerto de Houplines; apoderáronse del castillo de este nombre y del de Arquinghem, y echando dos puentes de comunicación sobre el Lys, amenazaron á Armentieres y á Lille. Esto obligó al Conde de Bucquoy á salir de Douay y situarse entre aquellas dos ciudades, aproximándose más á la segunda, por los avisos que tenía de ser la que los franceses proyectaban atacar. Aprestáronse, por tanto, á la defensa, así el Gobernador de Lille, Conde de Reux, como Chasteleine, y esperaron tranquilamente al ejército enemigo.

Quedó á la espectativa Bucquoy junto á Lille dos ó tres días para asegurarla y protegerla con su caballería y parte de la del Duque de Lorena, mandada ésta por el Conde de Ligneville, con los regimientos borgoñones de infantería del Marqués de Diene, y el de españoles de D. Fernando Solís, con el de valones del Conde de la Motteria, y el de ingleses del coronel Nelson, observando con toda atención y cuidado los movimientos y designios del enemigo.

De improviso, el Mariscal Rantzau, que había venido á sustituir á Gassión en el mando del ejército francés, salió de Houplines, deshizo los antedichos puentes, y desamparando su cuartel, caminó en dirección á Dixmunda. A las diez de la noche tuvo aviso Bucquoy de este inesperado movimiento,

y á media noche emprendió su marcha tras el enemigo. Fué costeándole hasta Ipres, donde Rantzau dirigió su camino por Roesbrughe, y el Conde el suyo por Langhemarq, y desde este punto se adelantó apresuradamente é incorporó al ejército del Archiduque, antes que el Mariscal llegase á darle vista.

Era, al parecer, el objeto de Rantzau intentar socorrer á Dixmunda por la parte del dique y á lo largo del Canal, por cuya razón mandó S. A. á Bucquoy fuese con todo su cuerpo de ejército á encargarse de las líneas de defensa de aquella parte. Redobláronse los ataques á la plaza, y españoles é italianos, valones y alemanes, pero singularmente los loreneses, gallardamente dirigidos por el valeroso Barón de Clinchamp, hicieron grandes y señalados esfuerzos, compitiendo todos en animosidad y bravura. No vaciló ya S. A. en disponer lo necesario para un asalto general, y apercibiéndose de estos preparativos los sitiados, hicieron fuegos en la torre de la ciudad, en señal de pedir socorro. Adelantóse entonces Rantzau hasta media legua de las líneas y trincheras de los sitiadores, dando esperanza á los sitiados de que pronto serían socorridos, esperanza que bien pronto se desvaneció al verle retirarse y acuartelarse en Loo.

Con el temor del asalto general y el abatimiento que esta retirada les produjo, los sitiados tocaron á llamada para parlamentar. Suspendiéronse las armas, entregáronse los rehenes de una y otra parte, rindióse la plaza, y S. A., para concluir pronto tan importante expugnación, concedió á los sitiados salir con armas y bagajes, con dos piezas de artillería y con la palabra empeñada de no combatir contra S. M. en tres semanas. En su consecuencia, el 14 de octubre salieron de Dixmunda 3.156 soldados; de ellos 1.600 con las armas en la mano, 342 á caballo, y los demás, heridos ó enfermos, los mandó S. A. convoyar hasta Furnes.

Empresa fué esta verdaderamente audaz y atrevida, porque sitiar una ciudad fortísima como Dixmunda, con más de 3.000 hombres guarnecida, y entre ellos el famoso regimiento del Piamonte, compuesto todo de aguerridos y veteranos soldados, á vista de un ejército numeroso mandado por tan exce-

lente capitán como Rantzau, y rendirla á los catorce días de sitio, fué suceso que produjo grande y general admiración é inmarcesible gloria, así al Archiduque Leopoldo, como á los Generales, capitanes, oficiales y soldados que constituían aquel reducido, pero valeroso ejército.

Entró S. A. en la ciudad acompañado de todos los Generales, y fué su primer acto dirigirse á la iglesia, donde se cantó el *Te-Deum* en acción de gracias por tan señalada victoria, y á la tarde se volvió á su cuartel de Essem, donde permaneció algunos días, mientras el ejército francés continuaba en su puesto de Loo, á dos horas de Dixmunda. De guarnición entraron en esta plaza cinco compañías de españoles y de otras naciones, y quedó encargado del gobierno de ella el maestre de campo D. Baltasar Mercader. En fin, habiéndola dejado bien municionada y provista, salió el Archiduque de Essem con el ejército y se fué á Rousselaer, mandando al Duque de Amalfi que alojase las tropas en cuarteles separados en torno de esta población, colocando la caballería á la mayor distancia, la del Conde de Bucquoy en Hardoy, y la del Príncipe de Ligne en Emelghem.

Había entretanto Turena dejado el país de Luxemburgo, repasado el Schelde entre Metz y Thionville y encaminado su rumbo á Alemania, por lo cual dió orden S. A. al Príncipe de Chimay de incorporarse con su ejército, trayendo los dos tercios de valones del Conde de Bruay, el del maestre de campo Helem, los dos de alemanes de los coroneles Boltelberch y Berlo, que eran del Príncipe de Darmstat, tres regimientos de caballería y dos compañías libres. Con estas tropas pasó el de Chimay el río Mosa y vino á unirse en Rousselaer con S. A., de quien fué muy bien recibido.

El maestre de campo General Beck quedó en Luxemburgo con los regimientos de Ultramusa y demás compañías de caballos para asegurar el país si el enemigo intentase algo en aquella provincia.

Viendo el Archiduque que Rantzau no se movía de Loo, limitándose á cubrir las plazas de Furnes y Bergues, después de haber permanecido en observación bastantes días en Rousselaer al frente del ejército, encargó el mando de éste al Du-

que de Amalfi y él se vino con su corte á Gante custodiado por parte de la caballería del Conde de Bucquoy, alojándose en el camino en Tielt primero y en Nevele después. Salieron los burgueses de Gante á recibirle fuera de la ciudad con grandes demostraciones de alegría, haciéndole salvas de mosquetería, mientras el Conde de Salazar, gobernador del castillo, daba las de ordenanza con artillería. También el magistrado de aquella ilustre ciudad salió á congratular á S. A., pronunciando en su nombre en la puerta una discreta oración el consejero y pensionario Lauri, presentándole el Barón de Elquesbeque las llaves de la ciudad, que S. A. le devolvió cortesmente encargándole que las guardase bien, y entregándoselas á su vez el gran Bailli á Lauri, entró el Archiduque en la población.

Apeóse en casa del Obispo D. Antonio Trieste, y por la tarde asistió á la fiesta que en su honor se hizo con un navío triunfal, anclado en el Schelde, del que salían muchos fuegos artificiales, habiéndolos asimismo por toda la ciudad en señal del contento y satisfacción que las victorias de S. A. habían producido.

En este estado continuaron las cosas hasta que el 10 de noviembre empezó á disponer su retirada el ejército francés en dirección á Estaires y de allí por el mismo camino que había traído se dirigió á Francia, con orden de su Reina de intentar al paso introducir un convoy en Courtray y artillería en la ciudadela. De lo cual avisado el Duque de Amalfi mandó al Conde de Bucquoy fuese á acuartelarse con su caballería en Wareghem, é igualmente al Príncipe de Ligne con la suya en Tourcoin, para que si intentaban los enemigos meter el referido convoy, se juntasen los dos cuerpos de caballería y les estorbasen la realización de su designio. Hiciéronlo así estos Generales, marchando derechamente á Courtray para cerrar el paso á los franceses si se acercaban á la ciudad y pelear con ellos. Pero Rantzau, con noticia que tuvo de estos movimientos, desistió de tal propósito, y los corredores de Bucquoy le participaron que el Mariscal seguía su rumbo á Francia.

Con esto volvió Bucquoy á Gante para continuar con-

voyando á S. A. á donde quisiese encaminarse, y el de Ligne se dirigió con su caballería á Deinse.

Resolvió el Archiduque retirarse de la campaña, en vista de que ya lo había efectuado el enemigo, y de estar la estación muy adelantada, y también llevar consigo al Duque de Amalfi y Marqués de Caracena, á cuyo efecto hizo venir á Gante al de Ligne para encargarle del mando del ejército. En su virtud, se acercó este Príncipe á la ribera del Lys, alojándose primeramente en Deinse y después en Wareghem, á dos horas de distancia de Courtray.

Descansó S. A. algunos días en Gante y volvió á Bruselas, donde le aguardaban los burgueses en armas fuera de la ciudad, haciendo á su llegada nutridas salvas, al mismo tiempo que la artillería disparaba desde las murallas. Entró en Bruselas, después de seis meses de campaña, seguido de la brillante corte que le había acompañado en toda ella, y antes de apearse en su palacio, se dirigió á la iglesia de Santa Gudula á dar gracias á Dios por los buenos sucesos con que había favorecido las armas de S. M. el Rey de España, recibiendo de toda la población inequívocas pruebas de aplauso, alegría y entusiasmo.

No fué, sin duda, esta una campaña decisiva y fecunda en importantísimos resultados; pero dado el tristísimo y lamentable estado de la Monarquía española en aquellos años, con guerras y rebeliones por todas partes; con la suma escasez de gente y dinero para atender á tan múltiples necesidades y peligros á cual más urgentes; con el desaliento que de la población y ejército de aquellos Estados de Flandes se había apoderado á causa de los reveses y desaires experimentados por nuestras tropas desde la batalla de Rocroy, y del desacierto y abandono con que en lo político y administrativo eran gobernados, no se puede negar que fué una campaña feliz y gloriosa; que nuestro ejército combatió con valor y con disciplina y fué hábilmente dirigido, y que aquellos países tan amantes de la dominación española, como irreconciliables enemigos de la francesa, salieron en este año del abatimiento en que se hallaban y cobraron nuevas fuerzas y esperanzas para lo futuro.

Al Archiduque Leopoldo corresponde la mayor parte de estos triunfos y beneficios. Su elevada autoridad y representación, su leal y firme propósito del buen servicio de S. M., su valor personal, su acreditada pericia militar y su afabilidad con los soldados, contribuyeron poderosamente al buen éxito de la campaña. Conquistáronse cinco plazas fuertes, Armentieres, Comines, Lens, Landrecies y Dixmunda, las más de ellas de importancia suma; y teniendo por caudillos contrarios Generales de crédito y fama, justamente adquiridos, como Gassión y Rantzau, á quienes repetidas veces el Archiduque provocó á batalla sin poder conseguirlo, no sufrieron nuestras tropas en tantas y tan difíciles marchas como ejecutaron, ni sorpresas, ni descalabros, ni esos accidentes desgraciados que ocasionan la imprevisión, la negligencia, el poco valor ó la indisciplina.

Ni el haberse aproximado á la frontera desde el principio de la campaña la Reina de Francia, el Duque de Orleans y el Cardenal Mazarino para dar más calor y empuje á su ejército; ni el haber formado éste con las mejores tropas del reino, incorporándole todas las guarniciones de las plazas fronterizas, los esguízaros, los regimientos de la guardia del Rey y los carabineros que estaban á las órdenes de los Gobernadores de las provincias; ni el haber acudido con su campo volante el insigne Turena, que abandonó á los suecos para reforzar y auxiliar las armas francesas, todas estas causas no impidieron la espugnación de aquellas plazas ni fueron parte á que con todas esas fuerzas aceptasen los caudillos enemigos la batalla que una y otra vez les presentaron los nuestros, habiendo, por el contrario, retrocedido y retirado.

No terminaré este trabajo sin trasmitir los últimos párrafos de la Relación (1) que principalmente me ha servido para esta reseña, por reflejarse en ellos de una manera viva y entusiasta los sentimientos de lealtad, adhesión y reconocimiento á los

---

(1) Su título es: «Relation de los felices sucesos de las armas de su magestad catolica Phelipe IV nuestro señor, mandadas por el Sermo. Archiduque de Austria Leopoldo Guilelmo, governador, lugarteniente y capitan general de los Estados de Flandes y de Borgoña, de la campaña y año de 1647, dirigida á su magestad por Juan Antonio Vincart, secretario de los avisos secretos de gue-



Reyes de España de parte de los Estados católicos de Flandes, de que parece hacerse eco su autor:

«Todo el país—dice—echa millones de bendiciones á Su Majestad su Rey, estimándose muy felices de estar debajo de la subjeccion de S. M. y gobierno del Serenísimo Señor Archiducque, y ser preservados de la dura sujeçion y insolente gobierno de los franceses, conosciendo tener á su dicha Magestad tanto más obligacion que saben que es verdaderamente su legítimo Rey, no habiendo que nuestros antípodas que puedan ignorar que este título y calidad les ha començado del Archiduque Maximiliano de Austria con María de Borgoña, Prinçesa de estos países, cuya posesion ha passado á Phelipe el Hermoso; de Phelipe el Hermoso á Carlos V; de Carlos V á Phelipe II; de Phelipe II á Phelipe III; de Phelipe III á Phelipe IV el Rey regnante nuestro Señor, á quien Dios conserve y dexe reynar muchos años.

»Y se puede deçir sin contradiçion que no hay Estado en la Europa que esté poseido con más justo título, habiendo muchos otros que sienten su usurpaçion, á lo menos en sus principios, ni cuyos Reyes han metido mayores cuidados á mantener sus vasallos en la religion de sus padres y ançestres, y han hecho tan rigorosas leyes contra los auctores saectatores de la heregia; testigo la proescriptión de Luther, hecha por el emperador Carlos V, de inmortal memoria, en la villa de Worms en el año de 1521.

»Y sobre todo, están dignas de estar grabadas eternamente en nuestros coraçones las palabras del Rey su hijo, Phelipe II, dichas al Conde de Egmont, enviado á España en el año 1565, proponiendo á S. M. que por el bien del Estado, que estaba muy agitado, convenia dissimular con los de la nueva doctrina, conçediéndoles la libertad de conçiençia. S. M. le respondió, de una generosa y grande piedad, que más queria no ser

---

rra.» Así al menos se encuentra en un manuscrito, que por sus muchas correcciones induce á creer sea el original de Vincart, en la biblioteca de una de las principales ciudades de Francia. La Relación empieza: «Habiendo su magestad catholica, despues de haber Dios llamado á su gloria al serenísimo Infante don Fernando, su buen hermano...»



Rey que sufrir las heregias en su reino; y á la fin de la junta de los primeros theólogos de su Monarchia, se echó por tierra en su presencia delante la imagen de Nuestro Saluador, diciendo: «Yo le ruego, grande Dios de los hombres, que me hagais la graçia de perseuerar en la resoluçion que he tomado de no querer ser llamado dueño de los que no quieren conosçerle por Señor;» habiendo nuestros dichos Reyes tenido y teniendo por su mayor gloria de ser inmudables defensores de la religion cathólica, apostólica y romana, y que con esta misma piedad tratan tan benignamente sus vasallos, assí ecclesiásticos, como seglares, nobles y pueblos.

»Quanto á los ecclesiásticos, confiriendo las dignidades ecclesiásticas; los obispados á personages dignos por su doctrina, virtud y piedad, y las abadias á las personas más capaçes, que son monges en los mismos monasterios donde los Reyes de Francia proveen las abadias y los beneficios en hombres seglares, Príncipes, Condes y Capitanes, los quales dan una pequeña porçion á los religiosos y ellos se quedan con toda la resta.

»Quanto á los nobles, los cargos más eminentes en la guerra, debaxo del Serenísimo Sr. Archiducque Leopoldo, confiriendo á los Príncipes, Condes y Caballeros del País, parte xeados con los Caballeros españoles y italianos.

»Y quanto á los pueblos, no hay reino ni monarchia donde los pueblos están tratados más dulçemente ni tienen más franqueças y libertades, no haçiéndoles S. M. pagar ningunos subsidios por fuerça, sino por meras petiçiones, en las quales están de todo libres de consentir en ellas.

»La conosçiençia de la qual prerrogativa y dicha que tienen los vasallos de S. M. de tener un tan benigno Rey, que les trata, no solo en calidad de Rey, pero como padre, y haberles dado por gobernador y defensor al Serenísimo señor Archiduque de Austria, Leopoldo, su primo y hermano, que les ha dado estas victorias y estos buenos susçesos á su mayor bien, les haçe ser muy alentados y animados, con esperança que la luz que Dios ha comenzado á dar á las armas de S. M. y la felicidad que ha añadido al valor del Serenísimo Sr. Archiduque de Austria, Leopoldo, la continuará en esta campa-

ña venidera y favorecerá las armas de S. M. y el valor de S. A., con otros muchos buenos susçesos y otras muchas victorias, y que S. M. mandará á su plenipotenciario en el Congreso de Munster, el Sr. Conde de Peñaranda, acabar el Tratado de la paz con los Holandeses, al mayor bien de estos sus dichos Países patrimoniales y consolaçion de los pueblos.»







